Enero – febrero de 2007 – 6 €

Año IV — Número 7

EL MANIFIESTO

contra la muerte del espíritu y la tierra

¿CUÁNTOS MÁS CABEMOS?

9 771698 467000 00007

Revista de pensamiento critico

www.manifiesto.org

7

Revista de pensamiento crítico

EL MANIFIESTO

contra la muerte del espíritu y la tierra

Revista bimestral
Año IV – Núm. 7
Enero – febrero de 2007

Director: Javier Ruiz Portella

Consejo de Redacción:
José Javier Esparza, Jerónimo Molina,
Abel Posse, Fernando Sánchez Dragó,
Pascual Tamburri, Leddys Valdés-Romero

Edita: Manifiesto contra la muerte del espíritu
Asociación registrada en el Ministerio del Interior
con el n.º: 171.333 de la sección 1ª.
C/ Bravo Murillo, 79, 3.º B, escalera A
28003 Madrid. Tel.: 902 151 842

Correo electrónico: manifiesto@manifiesto.org

Depósito Legal: B-42991-2004
ISSN: 1698-4676

Comercializa: Áltera

Distribuye: Gelesa

www.manifiesto.org

ILUSTRACIONES
Salvo si se menciona el autor, todas las ilustraciones del presente número son publicadas bajo el sello: © colección particular / derechos reservados. Portada: Agencia EFE. Ad Litteram: p. 27a, pp. 46-47, p. 50a, p. 53a.

Diseño gráfico: synonymes@orange.fr

Marqués de Tamarón

Sumario

Tema central

Javier Ruiz Portella
Deportación (voluntaria) de poblaciones 2

José Javier Esparza
Inmigración, racismo, mestizaje, identidad. Guía para perplejos 10

Entrevista

Javier Ruiz Portella
Sátiras y melancolías de un liberal reaccionario. (Entrevista con el Marqués de Tamarón) 40

Revista de prensa

Arcadi Espada
Un héroe europeo 48

Islam y cultura

Balbino Katz
Los árabes no salvaron la cultura griega (Entrevista con Jacques Heers) 50

Miscelánea

Eruditos clichés progres . . 26

Albert Boadella
Defendiendo con ardor la fiesta de los toros 28

Laurence Terry
¡Sed terriblemente falócratas! 38

El político que probó su medicina 49

Noticias del mundo

Dardos contra la tierra . . . 54
Dardos contra el espíritu . 55

Salvatore Santangelo
Más allá de las tentaciones de la hegemonía, los desafíos de la política cultural 56

Letras y Lecturas

Pascual Tamburri
Rudyard Kipling Stalky & Cía 62

Deportación (voluntaria) de poblaciones

Javier Ruiz Portella

La decadencia de Occidente —«muerte del espíritu» la llamamos aquí— marca nuestras vidas. También las de los otros, las de los «deportados»: esos millones de pobres que, deslumbrados por la abundancia de nuestro reino de jauja, acabarán transformando la faz de Europa. El problema sería distinto, dejaría casi de plantearse, si no se diera la decadencia de nuestro espíritu, la falta de vigor de nuestros valores, el desprecio de los europeos hacia nosotros mismos. ¿Por qué?

TOMEMOS el toro por los cuernos y escarbemos debajo de la simplona faz de las cosas. Rastreemos tras lo que de inmediato salta —o nos echan…— a la vista; busquemos lo que se juega tras los ávidos intereses y la bondadosa compasión que despiertan estos millones de inmigrantes que, procedentes de otras culturas o civilizaciones, y reproduciéndose al elevado ritmo que sabemos, acabarán dentro de pocas generaciones transformando la faz de Europa y de nuestra identidad.

«¡Mejor! ¡Acabemos con ella! ¡Cualquier identidad es opresiva!», exclaman —o piensan— los progresistas adalides del mestizaje y la indiferenciación. «Del viejo mundo hagamos tabla rasa», añaden tarareando por lo bajines la Internacional que cantaban a voz en cuello en el 68. «¡Qué más da! Que vengan todos, moros, indios, negros… ¡Todos somos iguales! Las diferencias étnicas y culturales no son sino detalles, irrelevantes curiosidades del Hombre único y universal», exclaman por su parte los enfrentados hermanos de los anteriores: los liberales adalides del Mercado, el Progreso y el Capital. «La gran oferta laboral de los inmigrantes —añaden éstos frotándose las manos— incentiva el dinamismo y la competitividad del mercado de trabajo.» Sólo entre el pueblo llano —pero en España, de momento, ni siquiera ahí— surgen voces tan desnortadas como llenas de angustia; voces… a las que pronto acalla el estigma infamante: «¡Racistas, más que racistas! ¡Xenófobos!». Lanzan los pontífices el anatema, y cesa al instante toda discusión.

Arriba. La colonización española de América, profundamente parecida en tal sentido a la que Roma desarrolló en Europa, fue muy distinta de la emprendida por los anglosajones. Contrariamente a éstos, los españoles se mezclaron estrechamente con las poblaciones indígenas, y nunca vieron en «Las Indias» un simple botín que rapiñar, sino un continente en el que expandir toda una civilización.

Abajo. La propaganda que se denomina «antirracista» suele utilizar fotos como la de este bonito rostro de muchacha africana para acreditar la idea de que, si las gentes del Tercer Mundo son tan hermosas y buenas, sus males sólo pueden proceder de la «opresión occidental».

> *Las diferencias étnicas y culturales… ¿sólo pequeños detalles del «Hombre único y universal»?*

Preservar la identidad propia de cada cual (en nuestro caso, la de esa Europa cuya cultura se prolonga hasta el continente americano); amar y defender la gran civilización surgida en Grecia hace más de dos mil quinientos años; combatir el «racismo antiblanco», dicho sea ironizando sobre el anatema pontifical: ninguna de estas cosas tiene nada que ver ni con racismo ni con xenofobia alguna. José Javier Esparza lo explica con sobrada claridad en el artículo central de este número. A sus razones nos remitimos.

Defender la validez de las identidades étnicas y culturales sólo tendría que ver con el racismo o la xenofobia, si bajo tal «defensa» se encubriera un ataque tendente a aniquilar, sojuzgar o despreciar otras razas o culturas. No es obviamente el caso, por más que así lo pretendan, los autodespreciadores de la cultura occi-

Unión de la descendencia imperial incaica con las casas de Loyola y Borja. Museo de Osma, Lima.

dental —ese «cáncer de la historia humana», la llama Susan Sontag. Defender la identidad que marca y diferencia a civilizaciones y culturas significa pretender simplemente que cada una de ellas —la nuestra, por supuesto; pero la de los zulúes y bantúes también, o la de los nambikwara y guaranís, o la de quien sea— pueda afirmarse pujante en sus valores y principios. Respetándose todas, pero afirmada cada una en su lugar, anclada en sus raíces, expandida entre sus gentes: lejos del batiburrillo de la confusión general en la que, indiferenciados, perdemos todos —tanto los «inmigrantes» como los «receptores»—, y nadie, absolutamente nadie gana.

No hay racismo en combatir el «racismo antiblanco».

La europea: única cultura «ilegítima»

Los autodespreciadores de la cultura occidental, decía… Hablemos de ellos, de esos apóstoles de la Alteridad cuyo mayor placer parece consistir en flagelarse a sí mismos y a los suyos. Hablemos de esos adoradores de etnias, pueblos y civilizaciones cuyas sociedades orgánicas se asientan sobre tradiciones, viven sobre mitos, tributan culto a antepasados y ancestros… ¿Cómo van a amar tales sociedades quienes aborrecen su propia tradición, odian las gestas de sus antepasados, no conocen otro mito que el del Progreso, la Igualdad y la Razón? ¿No estarán utilizando todo ese exotismo como exutorio a través del cual evacuar sus propias frustraciones y angustias? ¿Cómo van a defender y amar lo que sea quienes son incapaces de defenderse y amarse a sí mismos?

Ahora bien, ¿no es preciso defender, desde nuestra abundancia y despilfarro, todo ese mísero mundo cuyos habitantes sueñan con acceder al nuestro? O puesto que ese mísero mundo está lleno de riquezas de otro tipo, preguntemos más bien: ¿no es preciso defender desde aquí los restos de sociedades orgánicas que, entremezcladas con el modelo de sociedad industrial y gregaria, aún quedan —numéricamente son mayoritarias— en el globalizado mundo de hoy? La respuesta es doble, ambigua. Sí, por un lado, hay que defender a tales sociedades. Nosotros mismos, por ejemplo, lo hemos hecho publicando en estas mismas páginas el famoso, bellísimo alegato del Gran Jefe Seattle de los indios Duwamish contra la civilización industrial.[1] Pero, por otro lado, esta defensa ha de ser muy consciente de que sólo puede ejercerse a lo lejos, desde nuestro propio lugar: sin pretender suplantar a nadie. Lo que está en juego en el conjunto del «Tercer Mundo» (sigamos llamándolo así) no es, en efecto, ningún problema técnico ni económico. Es un problema existencial —del que se derivan, por supuesto, enormes problemas económicos. Lo que está en juego es una de esas grandes «decisiones» por la que los pueblos escogen su vía y su destino. Y esas «decisiones» pertenecen de manera única e intransferible a quienes las toman: nada ni nadie, por más que se lo proponga, puede suplantarlos a la hora de tomarlas; nada ni nadie puede inmiscuirse, por «humanitarias» y caritativas que sean sus intenciones, en su adopción.

La gran «decisión»[2] que está en juego para los pueblos del Tercer Mundo es la de optar por alguna de las tres grandes vías que ante ellos se abren. La más «obvia» —China y la India la han adoptado sin vacilar— parece la de precipitarse a tumba abierta por la senda de la globalización y la industrialización a ultranza. Dejando de lado que si la totalidad del Tercer Mundo se lanzara por tal vía, el desastre ecológico estaría definitivamente garantizado a escala planetaria, no cabe duda de que semejante opción solucionaría sus problemas materiales… al tiempo que arrasaría culturas, tradiciones e identidades. La muerte del espíritu les acecharía exactamente igual —más incluso, por la brutalidad del choque— que a nosotros mismos.

Oscuramente conscientes de ello, la mayoría de los pueblos que antes se denominaban «subdesarrollados» siguen terca, casi heroicamente empeñados en rechazar la reducción de la vida a un asunto de Progreso, Desarrollo y Bienestar. Pero no por ello el modelo occidental —su próspero reino de jauja— les seduce y fascina menos. Por él —no por otra cosa— lo abandonan todo y, jugándose hasta la vida, huyen masivamente a Occidente.[3] Atrapados entre las dos pinzas de la tenaza compuesta por el modelo tradicional y el occidental, los pueblos del Tercer Mundo quedan sumidos en el mayor de los marasmos, el que configura la segunda opción abierta ante ellos: mantenerse aherrojados por esa tenaza de la que se derivan todos sus males —y que ninguna dádiva podrá nunca resolver.

Queda, por último, la única vía que permitiría vislumbrar cierta luz al final del camino (tanto para ellos como para nosotros, tanto para los fugitivos como para los receptores). Queda la vía consistente en romper la tenaza, en mantener los valores de la aún vigorosa sociedad tradicional —orgánica, cimentada sobre principios espirituales; cualesquiera que éstos sean— al tiempo que se aprovechan los beneficios que, limitados al plano material, el reino de la técnica trae indudablemente consigo. Sólo considerables dosis de inventiva social, sólo un espíritu altamente inquieto e indagador —pero no son tales cualidades las que más abundan entre dichos pueblos— podría llevarlos por semejante vía. Consigan o no adentrarse en ella, una cosa está clara: sólo en sus manos —y en las de nadie más— se halla la posibilidad de salir del marasmo en que se encuentran sumidos.

HOUARI BOUMEDIENNE

ALGERIA

The African National Congress of South Africa mourns the death of a great man and friend of the oppressed black masses of our country: Colonel Houari Boumedienne. He was not only a great African statesman but a leading figure in the politics of the non-aligned movement, ranking in stature with Tito, Nehru and Castro. The 1973 Non-Aligned Conference which was held in Algiers testifies to this.

The oppressed people of our country join the world progressive forces in saying: Hambe Kahle Boumedienne!

«Un día millones de hombres abandonarán el hemisferio sur para irrumpir en el hemisferio norte. Y no lo harán precisamente como amigos: irán para conquistarlo. Y lo conquistarán poblándolo con sus hijos. Será el vientre de nuestras mujeres el que nos dé la victoria.»

HUARI BOUMEDIENNE
Presidente de Argelia, hablando en las Naciones Unidas en abril de 1974

1. *El Manifiesto*, n.º 4, tercer trimestre de 2005.
2. Sirvan las comillas para subrayar que esas grandes «decisiones» en las que se decide el destino de los pueblos son sumamente peculiares: no se adoptan en asamblea alguna, y ni siquiera deliberan abiertamente sobre ellas quienes las toman… al tiempo que —por decirlo así— «son tomados» por ellas.
3. No nos engañemos. Es evidente la penuria material de quienes deciden abandonar su país en condiciones infrahumanas; pero si huyen tan masivamente no es por librarse del hambre y poder sobrevivir. Quienes abonan escandalosas sumas a las mafias que explotan el desvalimiento humano no se cuentan ciertamente entre los más pobres de los pobres. Éstos existen, desgraciadamente, pero no figuran entre los que se van, sino entre los que se quedan.

Arriba. El antagonismo racial fue una de las armas del bloque soviético contra Occidente. Reunión anticolonialista en Alemania Oriental en los años sesenta.

Afirmar lo cual equivale también a dejar de ofender a los pueblos del Tercer Mundo con el encubierto desprecio que practican los bientencionados apóstoles de un desarrollo cuya miseria espiritual los propios interesados —al menos quienes no parten en pos del desarraigo occidental— parecen intuir con pasmosa claridad.

La culpa no es de Occidente

Dicho con otra palabras: no es sobre Occidente —ni sobre su pasado colonial ni sobre su presente económico-financiero— sobre quien recae la responsabilidad por la suerte de unos países que sufren el desplazamiento de poblaciones más multitudinario que jamás se haya conocido. Cierto: hubo ayer conquista y colonización por parte de Occidente. Cierto: hay hoy, junto con el dominio económico ejercido por nuestras grandes empresas multinacionales, la irresistible seducción que engendra la imagen de reino de jauja expandida por Occidente. Por supuesto. Pero por seductora que sea la imagen, siempre se pueden rechazar sus falacias; por artera que sea la dominación económica que desde el extranjero se ejerce, siempre es posible combatirla y derrotarla; por opresiva que sea la ocupación de un país, siempre es posible (pregúntenselo, sino, a los españoles de la Reconquista…) derrotar y expulsar a los invasores. En ninguna de las tres circunstancias, y salvo excepciones, éste no fue ni es sin embargo el caso. Entonces…

Entonces se debe reconocer que es absurdo (en el caso del Tercer Mundo y en el que sea) buscar un chivo expiatorio con el que justificar las desdichas que agobian a pueblos y civilizaciones. Por vil y ruin que sea el enemigo vencedor, siempre será en el seno del derrotado donde habrá que ir a buscar —máxime si la sumisión se prolonga durante siglos— la explicación principal de la catástrofe. Complacerse en ella, enarbolar el victimismo que echa las culpas sobre los hombros ajenos, constituye por lo demás un signo seguro de la debilidad conducente al descalabro. Es cierto que también los fuertes —tomemos el término en el sentido que le da Nietzsche— pueden ser derrotados y humillados (la historia de estos dos últimos siglos nos proporciona, por cierto, ejemplos más que sobrados…). Pero cuando sobreviene la derrota, los fuertes se inclinan ante ella sin gimoteos ni aspavientos. Su sentido del honor les impide aumentar la humillación recibida con la consistente en los lloriqueos que atribuyen los males propios a la perfidia ajena. «Llora, llora como mujer —decía aquélla al abandonar Granada—, si ya no supiste defenderla como hombre.»

Pero razonar en tales términos, hablar de honor y deshonor, de actitudes viriles y no viriles, de victoria y derrota, de fuerza y debilidad… equivale a hablar en los más chocantes términos en que es posible hablar hoy. Hablar así significa romper con la blandenguería desarraigada e igualitarista que constituye la otra cara —la cara «buena», «simpática»— de la globalización con que el poderío financiero de Occidente impone su ley al mundo. Hablar así significa que se quede aterrado y espeluznado el hombre individualista y nihilista de nuestros tiempos: ese medroso ser que, odiando por encima de todo el enfrentamiento y el conflicto, busca a toda costa una «paz» y un «diálogo» para los que está dispuesto a pagar cualquier precio —el de la rendición incluida, como bien sabemos hoy en España. Hablar así equivale a echar por la borda el gran montaje filantrópico que, hecho de desprecio hacia nosotros, pero también hacia sus supuestos beneficiarios, está lleno, es cierto, de las mejores intenciones del mundo: aquéllas con las que se va empedrando el camino del infierno y conduciéndonos —a todos: a quienes huyen y a quienes los reciben— al descalabro.

Llegada de uno de los numerosos cayucos que alcanzan las costas de Canarias. Hacinados en ellos, numerosos «subsaharianos», como la corrección política obliga a decir.

El desprecio hacia uno mismo

¿Por qué este desprecio que nuestros filántropos sienten hacia Occidente, es decir…, hacía sí mismos? Dejemos de lado las consideraciones que nos llevarían a los lejanos tiempos en que la idea de la culpabilidad sustancial al hombre quedó grabada en el corazón cristiano de Europa: nada de ello impidió que, durante siglos, el hombre europeo compensara tal culpa y debilidad con extraordinarias dosis de fuerza y vigor. ¿Por qué, entonces, toda esta inmensa culpa que nos agobia? La cuestión parece incomprensible, pero si bien se mira, ¿lo es en realidad tanto como parece? Esta culposa animadversión hacia nuestros valores, ¿no deberíamos en esta revista ser los primeros en comprenderla? Tal vez haya quien considere que, en el fondo, no dejamos de hacer algo bastante parecido al arremeter contra la muerte del espíritu que sufre hoy Occidente, al denunciar esa desolación que conoce en carne propia y propaga a los cuatro vientos la que ayer fuera la más esplendorosa —la más arriesgada también— de las civilizaciones.

Éste es el problema: que ya no lo es. Se desvaneció lo que era el gran esplendor espiritual y cultural de Occidente. Sobre sus ruinas —guardadas, es cierto, con el más exquisito de los mimos— sólo se alzan hoy bienestar y vacuidad: el mismo vacío que caracteriza a nuestros nihilistas y filántropos, quienes odian o desprecian a Occidente —«ese cáncer»— precisamente por el pasado esplendor de su espíritu. Materialistas en el alma, ven en su actual decrepitud su única virtud.

> *Los apóstoles de la Alteridad disfrutan flagelándose a sí mismos y a los suyos.*

Esta decrepitud, esta «decadencia de Occidente», como diría Spengler, es lo que constituye todo el fondo del problema, incluido el de la gran deportación de poblaciones que, al ser de carácter voluntario, recibe el más benigno nombre de «inmigración». Al denunciar los males que ésta acarrea, estamos tan lejos de lo que nihilistas, filisteos y filántropos denominan «racismo o xenofobia», que hasta nos vemos obligados a invertir, en cierta medida, los términos en los que hoy se da la preeminencia entre civilizaciones.

«¿La qué?… ¿La preeminencia entre civilizaciones? *¡Vade retro!*» De nuevo se ha quedado aterrado y escandalizado ese hombre igualitario y nihilista para quien todo lo que huela a preeminencia o superioridad —con tal que no sea la del dinero— constituye grave pecado mortal. ¿No es sin embargo legítimo, banal incluso, constatar la obvia diferencia de valor entre culturas y civilizaciones? ¿No las hay, tal vez, más plenas y pujantes que otras —lo cual no significa en absoluto que se deba desdeñar o menospreciar a estas últimas? Por supuesto que las hay: basta constatar todos los ámbitos —desde la filosofía y la ciencia hasta la religión, el derecho y la política, pasando por todas y cada una de las artes: literatura, arquitectura, música, escultura, pintura…— en los que la gran cultura clásica de Occidente llegó a resplandecer con la más alta excelencia. Ninguna llegó nunca tan lejos y a tanto.

Joven guanaquí.

«Mis guanaquís vivían en un poblado con casas de adobe y ramas, pero no se negaban a admitir la existencia de un universo distinto del suyo, acomodándose admirablemente a una convivencia sin osmosis que constituía su fuerza y su originalidad. […] Recuerdo perfectamente que, entre sus maravillosas herramientas, había numerosas hachas de piedra bastante parecidas a mi hacha de basalto. Las utilizaban para toda clase de aplicaciones, con una asombrosa destreza que revelaba una larga técnica transmitida, junto con las propias hachas, de padre a hijo. […] Veinte años después, me contó el conde de Humbolt, etnólogo alemán, el poblado estaba casi desierto. Tres familias, en medio de una miseria de barrio de chabolas, malvivían en él, y sin embargo nada alrededor había cambiado. […] Le pregunté al conde de Humbolt: "¿Y las hachas de piedra?". Me contestó que no había visto ninguna, pero que, a juzgar por el lamentable estado de sus chozas, los hombres parecían muy torpes con sus pequeñas hachas de hierro oxidado. Supongo que un triste día, por no sé qué aberración, se dejaron tentar al paso del bazar ambulante. Desde entonces habían perdido el contacto que les había hecho atravesar los siglos. El pueblo guanaquí ya no existe.»

Jean Raspail

La decadencia de Occidente

Pero todo esto se acabó. Donde nos debatimos ahora —reconozcámoslo, mientras se nos parte el corazón— es entre los estertores que marcan el ocaso de la civilización que, allá en Grecia, Europa puso hace muchos años en marcha. Para constatarlo, basta observar el desierto que, salvo en la ciencia y la economía, se ha adueñado de todos los anteriores ámbitos en el curso de los últimos cien años. El ocaso es de tal magnitud que, si comparamos nuestros pueblos a aquellos de los que proceden las masas inmigrantes, nos encontramos con una sangrante paradoja. Dichos pueblos, como señala Robert de Herte, «han sabido mantener lo que nosotros mismos hemos conocido, pero no hemos sabido conservar. Subsiste en ellos [no en las masas inmigradas, sino sí en las sociedades de donde proceden] una visión cósmica y orgánica del mundo en la que todavía no han perdido su sentido las nociones de tradición, comunidad […], ética del honor, linaje, sentido de la hospitalidad». Y la conclusión, inapelable: «Existe mayor socialidad orgánica», o por decirlo con las palabras de esta revista: existe mayor vigencia del espíritu «en el más pequeño de los mercados africanos que en cualquier supermercado occidental, que no es sino un reflejo del nihilismo contemporáneo».[4]

Ahí, en la nostalgia por esa autenticidad orgánica o comunitaria… que sin embargo reprueban como tal, se halla lo único que puede explicar en cierta medida la fascinación que filisteos y filántropos sienten hacia tales pueblos. No nos engañemos, sin embargo: ningún atisbo de salvación puede proceder de ahí. Es cierto que, en las sociedades tradicionales que aún subsisten, el espíritu reina con mucha mayor pujanza que entre los degradados restos de nuestros pueblos transformados en masas. Pero decir lo anterior es no decir nada. A ello se debe añadir que, si entre quienes se ven diezmados por la miseria material el espíritu reina de mil maneras distintas, ninguna de ellas —y por razones de principio— puede servirnos de inspiración o de modelo.

4. Robert de Herte, «Pour une humanité plurielle», *Éléments*, n.°109, junio de 2003.

Manifestante mexicano en los Estados Unidos.

Ello es evidente si pensamos en los pueblos regidos por la ley de un islam cuyos preceptos, por espiritual que sea su aliento, nos repelen visceralmente… al tiempo que fascinan a una parte de nuestros filántropos, cuya cabeza rodaría el día mismo en que empezara a aplicarse un solo precepto de la Sharia. Dejémoslos de lado y pensemos en los demás pueblos del Tercer Mundo, cuyo espíritu, por vigente que sea, desconoce un rasgo que nos es sustancialmente propio: el ansia por saber y conocer, por interrogar el mundo y descubrir sus secretos; la permanente inquietud que nos ha llevado a desplegar por todas partes las preguntas de la razón; el aventurero espíritu que nos ha conducido a asumir los enormes riesgos que tal actitud implica.

Riesgos inmensos… y cuyas consecuencias las estamos pagando hoy. Tal vez las paguemos tanto y hasta tal punto que acabemos pereciendo. Tal vez nuestra incapacidad por limitar el desenfreno (la hybris, decían los griegos) que acarrea nuestra arriesgada apuesta; tal vez el considerar que la razón, desbancando por completo al misterio y la imaginación, podía ser nuestra exclusiva compañera en el camino; tal vez el conjunto de ambos factores acabe sellando nuestra ruina. O tal vez no…, quién sabe. Occidente se halla, en realidad, en una encrucijada tan decisiva… como desapercibida. Reina en ella —pero nadie parece darse cuenta— una contradicción tan enorme como aberrante: la unión entre la más desoladora miseria espiritual y la más exuberante riqueza científica y material. Es hasta tal punto grotesca esta contradicción, que no podrá mantenerse desapercibida por tiempo indefinido. Percatarse de ella, sentir el abismo que de tal modo se abre a nuestros pies: he ahí lo esencial. Si lo consiguiéramos, todo lo demás se haría mucho más hacedero.

La mayoría de los pueblos «subdesarrollados» entreven la degradación espiritual que acarrea el modelo industrial.

Sea como sea, una cosa es segura: sólo en nuestras manos está la salvación o la ruina de lo que, durante tantos siglos, ha sido legítimo considerar como la civilización por antonomasia. En nuestras manos: sin caer en el victimismo anteriormente denunciado; sin buscar chivos expiatorios ante la otra gran amenaza que pesa sobre nuestro destino: la constituida por la deportación voluntaria de millones de pobres procedentes de etnias y culturas que nos son tan ajenas como nosotros lo somos para ellos. Si Europa no conociera la decadencia que hoy nos asfixia, todo el problema de la inmigración se plantearía en términos profundamente distintos y menos problemáticos. Sólo, en efecto, los pueblos débiles, invertebrados; sólo los pueblos carentes de ilusión y fe en sí mismos pueden verse amenazados por la presencia de un considerable número de gentes procedentes de otras culturas. Los pueblos fuertes, los pueblos espiritual, culturalmente vigorosos, pueden, en cambio, acoger al Otro, otorgarle el lugar que le corresponde, sin que su propia identidad corra peligro alguno. Como ningún peligro corría, por ejemplo, el mundo griego o romano, donde la cuantiosa presencia de extranjeros —en Atenas el número de metecos llegó a representar el 50% de los ciudadanos y el 15% del conjunto de la población— no supuso nunca ningún problema o amenaza. Ni que decir tiene que nada de ello es imaginable en nuestros lares. ●

Javier Ruiz Portella (Barcelona, 1947), ensayista y editor. Autor del *Manifiesto contra la muerte del espíritu*. Entre sus libros cabe mencionar: *la Liberté et sa détresse* (Bruselas, 1994) y *España no es una cáscara* (Barcelona, 2000).

Inmigración, racismo, mestizaje, identidad

Guía para perplejos

José Javier Esparza

¿Es usted racista por querer seguir siendo blanco, católico o español? ¿Es obligatorio alabar el mestizaje? ¿Por qué hay que respetar a las culturas ajenas y, sin embargo, destrozar la propia? Si la inmigración es buena, ¿habrá que fomentarla? Y si es mala, ¿habrá que prohibirla? ¿Qué hacer con los inmigrantes? Integrarlos, sí, pero, ¿qué quiere decir «integrar»? ¿Convertir a alguien en otra cosa que no es? ¿Y si no quiere? Nosotros podemos pensar que nuestra forma de vivir es la mejor, pero ¿podemos imponerles a los demás esa convicción? Son asuntos distintos, pero no distantes, pues hoy aparecen todos a la vez. Proponemos aquí una Guía para Perplejos que, al menos, aportará materiales para un debate sensato.

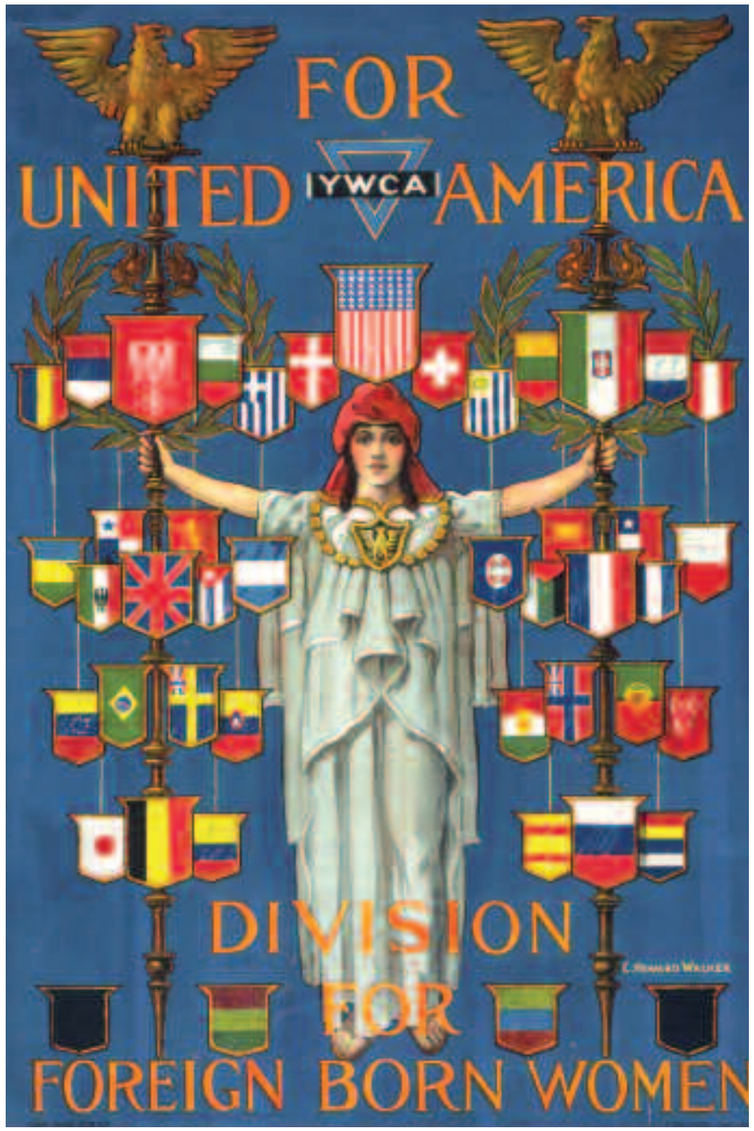
Ya en 1938 había empezado el desplazamiento de poblaciones. Inmigrantes mexicanos en el centro de acogida de El Paso, Tejas.

Jóvenes inmigrantes jamaicanos llegan en 1953 a la estación Victoria de Londres.

La afluencia masiva de inmigrantes nos está dispensando una especie de adoctrinamiento no menos masivo. Pocas veces como hoy ha estado el ciudadano tan sometido a un bombardeo ideológico de semejante intensidad. Desde el Gobierno, desde los periódicos, desde las iglesias o desde las aulas, mil voces nos orientan a diario sobre los distintos aspectos del problema, pero, en general, en un sólo sentido: hay que ser tolerante, hay que aceptar al Otro, la inmigración es buena, hay que eludir el «racismo», vamos hacia sociedades mestizas y, en fin, el largo etcétera de la Cosmópolis que viene. El discurso es grato, porque tiene un aire de buena voluntad, y a veces convincente, porque parece guardar cierta coherencia interna. Pero, al mismo tiempo, reposa sobre una tenaz cadena de contradicciones insalvables. Por ejemplo: «La inmigración es buena». Pero ¿cómo alguien puede considerar «bueno» que millones de personas se vean obligadas a abandonar sus hogares, sus familias, sus tierras? Entonces, ¿es buena cómo y para quién? Otro ejemplo: «Hay que respetar la cultura del prójimo». Claro que sí, pero, entonces, también habrá que respetar la nuestra, ¿no? ¿Y qué pasa si resulta que no son compatibles? Más ejemplos: «Hay que integrar al inmigrante». Bien, pero ¿y si la integración exige renuncias incompatibles con el otro principio, el de respetar su cultura? Una contradicción semejante afecta al concepto de «racismo», que se usa de cualquier manera y en los sentidos más impropios posibles, por ejemplo: «Defender la propia identidad es un acto "racista"». Pero entonces, ¿por qué no es «racista» el prójimo cuando defiende la suya? Todo esto va creando un mar subterráneo de desconcierto y hostilidad por debajo de la benevolencia del discurso oficial.

> *«Me proclamo defensor de todas las razas amenazadas, incluida la raza blanca.»*
>
> *Jean Raspail*

Que una situación nueva genere tensiones y contradicciones es algo que está en la naturaleza de las cosas. Lo que no es normal es que una sociedad responda a un desafío nuevo con un discurso contradictorio en sí. Una respuesta contradictoria es, por definición, una no-respuesta. Y da la impresión de que eso es lo que está ocurriendo en Europa, en España, con el reto de la inmigración; un reto que no es sólo de carácter socioeconómico, sino que ante todo es un desafío cultural, porque implica la entrada de anchas porciones de población con su propia manera de entender y vivir la vida. ¿Por qué somos incapaces de ofrecer una respuesta coherente al problema? Porque las armas intelectuales con las que tratamos de responder son en sí mismas contradictorias. Estos problemas —quizá no tan nuevos como creemos— nos llegan a nosotros, europeos, cuando ya estamos al final de un camino: primero quisimos convertir al mundo a nuestra fe, luego quisimos someterlo a nuestro dinero y, por último, hemos empezado a pensar



En un cartel norteamericano de 1913 se alaban los méritos de la emigración de mujeres extranjeras. Una propaganda impensable en la actualidad.

que quienes tenían razón eran ellos, y no nosotros. ¿Qué hacer ahora, cuando ellos llegan aquí? ¿Convertirlos a nuestra fe o convertirnos nosotros a la suya? ¿Someterlos a nuestro dinero o poner nuestro dinero a su servicio? Y a todo esto, ¿quién tiene razón?

La inmigración no es buena

Es imprescindible empezar por el principio, por el fenómeno que ha dado lugar a todo este desconcierto: la inmigración. Y de entrada, habría que cuestionar la posición oficial al respecto, a saber, aquella según la cual la inmigración es «algo bueno». Todos sabemos que las migraciones de pueblos son tan viejas como la humanidad. También sabemos que no pocas naciones se han constituido sobre la base de contingentes de inmigrantes. Y sabemos, en fin, que la inmigración, bajo ciertas circunstancias, puede hacer resucitar a una economía, como acreditaron Francia y Alemania durante los «treinta años gloriosos» de la segunda posguerra mundial. Bien, todo eso es verdad, y el discurso oficial no deja de repetírnoslo para avalar las bondades del fenómeno. Pero lo que hoy estamos viviendo en Europa en general, y en España en particular, tiene poco que ver con las migraciones de pueblos de la estepa eurasiática, con el nacimiento de las naciones americanas o con una reconstrucción de posguerra. Lo de hoy es completamente distinto.

Lo que hoy estamos viviendo es el flujo, desordenado y sin freno, de masas humanas que abandonan su tierra con destino a otras sociedades ya superpobladas. Ese movimiento obedece a una doble causa: el caos social, político y económico de los países pobres, y el señuelo de la prosperidad que los países ricos proyectan en todas direcciones a través de los medios de comunicación. «Doble causa», y no dos causas distintas, porque en el fondo todo obedece a una sola fuerza: el designio del sistema occidental —un Occidente que ya no es geográfico ni cultural, sino económico— de extender por todo el planeta un único modelo de vida, abandonando a su suerte a quienes no sean capaces de incorporarse al proceso, capturando a parte de su población para alimentar la máquina o sometiéndola a un proceso drástico de reducción como el que se predica para el mundo pobre desde los organismos internacionales. Eso es lo que, en realidad, quiere decir «globalización»; ése es el proceso que estamos viviendo desde hace diez, quince años, y eso es lo que hace que el actual fenómeno migratorio sea distinto a cualesquiera otros del pasado. Este proceso es tan intenso, la capacidad de tracción del sistema económico es tan fuerte, que sigue adelante incluso a pesar de los visibles trastornos que ocasiona en el equilibrio social, en la cohesión cultural o en la

Las sociedades modernas crean un mundo fragmentado y el racismo es un intento de hallar un nuevo factor de unión.

Las sociedades modernas crean un mundo fragmentado y el racismo es un intento de hallar un nuevo factor de unión.

estructura política de las sociedades de acogida. Y eso, en fin, es lo que significa en el contexto contemporáneo el término «inmigración».

Desde este punto de vista, ¿cómo pensar que la inmigración es «algo bueno»? La inmigración no es «algo bueno». Es un fenómeno globalmente negativo. Es negativo para quienes tienen que abandonar forzosamente sus hogares y es negativo para unas sociedades incapaces de acoger a tanta gente en tan poco tiempo. Las consecuencias de esta inmigración no son buenas en el plano social porque someten a las sociedades de acogida a un brusco cambio de clima en su convivencia: ninguna sociedad es indefinidamente elástica. Las consecuencias tampoco son buenas en el plano cultural, porque suscitan un inmediato conflicto entre maneras distintas de ver el mundo sin que sea fácil imponer criterios jerárquicos. De idéntico modo, las consecuencias de este tipo de inmigración no son buenas en el plano político, porque genera un foco de tensión excesivamente propicio para la demagogia (en todas direcciones). Y ni siquiera son buenas en el plano económico: en las sociedades de acogida, porque hacen más precario el empleo y estimulan la economía sumergida o clandestina; en las sociedades de origen, porque no resuelven sus problemas, sino que los eternizan. La situación ideal sería que nadie tuviera que verse obligado a dejar su tierra y que los flujos humanos pudieran ordenarse conforme a la ley para general beneficio. Pero es obvio que no estamos —ni estaremos— en la situación ideal.

Sólo desde dos puntos de vista puede juzgarse «buena» la inmigración. Una, la perspectiva de quienes, por razones ideológicas, estiman que las identidades históricas europeas deben disolverse en un escenario de mestizaje cosmopolita; es una posición muy extendida en la izquierda. La otra, la de quienes sostienen, por razones económicas, que una entrada masiva de mano de obra barata es vital para el funcionamiento de la economía; es una posición muy extendida en la derecha. Así la derecha capitalista intenta legitimarse con el dogma de la izquierda cosmopolita, y ésta, a su vez, echa combustible (humano) en el mercado. Pero ambas posiciones encierran un error: la disolución de las identidades sociales, nacionales y culturales nunca, en ningún lugar, ha creado «cosmópolis mestizas», sino que sólo ha provocado una exacerbación

A comienzos del siglo XIX, esclavos negros capturados por musulmanes son llevados al puerto, donde serán vendidos al mejor postor.

A comienzos del siglo XXI, jóvenes negros son transportados a Europa por traficantes norteafricanos. Cuando los izquierdistas hablan del tráfico de seres humanos, sólo se refieren a la trata de esclavos efectuada por los europeos: nunca piensan en estos traficantes. Tampoco se acuerdan de la trata de esclavos blancos y negros efectuada por los musulmanes, o de la venta de negros a los traficantes blancos por parte de sus propios compatriotas.

violenta de las propias identidades. Respecto a la entrada masiva de mano de obra barata, es verdad que inicialmente aumenta la riqueza del tejido productivo, pero inmediatamente se traduce en una exigencia de nuevos servicios sociales que puede llevar al colapso del sistema, como podrá intuir cualquier español que acuda a los servicios públicos. La ganancia en ningún caso compensa las pérdidas.

El discurso oficial sustancia todo el problema en una palabra con aura de fórmula mágica: «integración». Pero la «integración» no tiene por qué ser un horizonte deseable. De entrada, es un término ambiguo. No es lo mismo una integración orientada al cumplimiento de las leyes, con cesión de derechos sociales y económicos a cambio del ejercicio de un trabajo —por ejemplo, como la de los emigrantes españoles en Alemania o Francia en los años cincuenta y sesenta—, que una integración interpretada como absorción de la población alógena, de tal modo que ésta deja de ser lo que es para adquirir una identidad nueva y ficticia. El primer modelo es transitorio, el segundo aspira a ser permanente. Parece que en España aspiramos a la integración permanente. Pero nadie tiene derecho a exigir a un musulmán o a un senegalés que dejen de ser lo que son para convertirse en «españoles» —ni tampoco a exigir a un español que deje de ser lo que tradicionalmente ha sido para adquirir un perfil más «políticamente correcto». Por otro lado, la experiencia francesa demuestra que, aunque la integración haya funcionado en una primera generación de inmigrantes, la vieja identidad siempre pugna por aflorar en cuanto las cosas se tuercen, y entonces lo hace de manera hostil e histérica, como corresponde a cualquier estado de sumisión.

En estas condiciones, lo más sensato parece pronunciarse por detener la inmigración tal y como hoy la estamos conociendo en España. Ahora bien, eso no puede hacerse ignorando que el problema persiste. No podemos escurrir el bulto. Los europeos tenemos que asumir el fenómeno de la inmigración o, más bien, las causas que lo provocan. Ante todo, debemos reconocer que tenemos un deber —nobleza obliga— para con el mundo pobre. No es una cuestión de culpabilidad histórica ni de complejo de inferioridad, sino algo mucho más elemental. Tenemos ese deber, primero, por una cuestión de justicia: no es justo que nosotros tiremos lo que nos sobra y que ellos no puedan conseguir lo que les falta. Y tenemos ese deber, además, por una cuestión de historia: como viejas potencias coloniales, creadoras de naciones, debemos resolver un problema que no nos es ajeno y que, además, puede afectar muy negativamente al conjunto del planeta y a nuestras propias sociedades. Eso implica intensificar y multiplicar los mecanismos de cooperación, pero también apretar el control sobre cómo se administra esa ayuda en los países beneficiarios. El imperativo de globalizar la riqueza no será más que un chiste tétrico si al mismo tiempo no se globaliza la justicia social. Esta última tarea debe ser exigida a los gobiernos de los países de origen; pero si no son capaces de satisfacerla, habrá que imponerles la obligación de hacerlo, como se les ha impuesto la sumisión a las reglas del mercado mundial. Hay quien responde a estos planteamientos diciendo que se trataría de un nuevo colonialismo. Pero no es verdad: el nuevo colonialismo es el de quienes se mantienen en una posición que condena a muerte —económica, social, cultural, también política— a los países pobres en beneficio exclusivo de las sociedades ricas y, de paso, de las oligarquías africanas.

El «Torna atrás», el mestizo. ¿Cuál de los miembros de esta respetable familia habrá cometido el «desliz»?

¿Antirracista la Ilustración? Voltaire era antisemita. Hegel prestó gran atención a la clasificación racial. Marx combinaba su internacionalismo proletario con un profundo racismo.

En lo que concierne a la gestión del problema aquí, dentro de nuestras fronteras, ante todo parece urgente sentar una serie de posiciones que nos permitan pensar una situación de hecho; situación que no hemos buscado, pero a la que hay que dar respuesta. Lo importante, a nuestro modo de ver, no es tanto el aspecto económico del problema como el aspecto social o, para ser más precisos, cultural, es decir: qué actitud tomar ante la llegada de una población alógena que es distinta a uno. Hasta el momento, el debate está apuntando a tres vías dispares. Una, la que aspiraría a un efecto de integración subordinada de los inmigrantes: que vengan, pero que dejen de ser lo que son y se sometan a nuestras leyes y costumbres. Dos, la que se llama «multiculturalismo»: que cada comunidad se organice según sus propias creencias y costumbres en el marco común del Estado asistencial, manteniendo cada cual su propia identidad incluso a efectos legales. Tres, la que podríamos llamar «mestizaje cosmopolita»: rebajar las señas de identidad de cada cual para que todos puedan integrarse en un mismo molde sin exclusiones. La primera posición es mala para los inmigrantes, porque les obliga a perder su identidad cultural. La segunda es mala para el Estado, porque lo somete a un exceso de heterogeneidad normativa. La tercera es mala para todos, incluida la sociedad de acogida, porque terminaría configurando una sociedad sin otro criterio que el económico.

Estas tres posiciones nacen de un cierto tabú que impide pensar con naturalidad algunos conceptos esenciales, y en especial aquellos que dan cuenta de la identidad colectiva. En efecto, adheridos a la problemática de la inmigración aparecen conceptos que poseen la rara virtud de desplegarse como tabúes, como ajenos a todo cuestionamiento, cuyo mero análisis ya hace sospechoso al que osa penetrar en tales recintos prohibidos: raza, mestizaje, identidad… Sobre estas materias pesa un veto casi religioso. Cualquiera que hable de mantener la propia identidad cultural recibe inmediatamente el estigma de «racista». ¿Nos permitirán que también aquí desertemos de la procesión?

La publicidad de Benetton pretende unificar las diferencias entre las razas. A todos se les enfunda el mismo uniforme. El de Benetton, claro.

J. Philippe Rushton es, en cambio, un universitario canadiense que defiende la pertinencia de la noción misma de raza para comprender mejor las diferencias entre los hombres.

El tabú de la raza

Pocas palabras como la de «raza» sufren en nuestro tiempo un tabú tan intenso. En muchos aspectos, lo racial designa una realidad maldita, algo de lo que sólo puede hablarse con fines de execración. Se acepta —y se premia— que uno sea antirracista; no se acepta —y con fundadas razones— que nadie pueda ser racista. Ahora bien, en todo esto hay una suerte de contradicción insalvable. Se entiende que el racismo esté proscrito: en la medida en que conduce a fenómenos de exclusión o segregación, el racismo es una causa de conflicto social. Pero el problema es que el discurso contrario, el antirracismo, no se limita a ser hostil al racismo, no se limita a combatir la actitud segregadora, sino que amplía su campo de veto hasta el propio concepto de raza y, aún más, hasta cualquier diferencia sustancial de carácter étnico. Y si uno afirma que las razas

«La raza blanca es el cáncer de la historia humana»

SUSAN SONTAG

De aplicarse las ideas de Susan Sontag, en la sociedad ideal basada en ellas dejaría de haber niños rubios. ¿Con quién jugaría entonces esta niña negra?

Se ha atacado a Sontag por escribir que «Mozart, Pascal, el álgebra booleana, Shakespeare, el gobierno parlamentario, las iglesias barrocas, Newton, la emancipación de las mujeres, Kant, los ballets de Balanchine, etc. no redimen lo que esta particular civilización ha hecho en el mundo. La raza blanca es el cáncer de la historia humana» (*Partisan Review*, invierno de 1967, p. 57). Ulteriormente Sontag ofreció una irónica disculpa por esta observación, diciendo que la misma era insensible a las víctimas del cáncer.

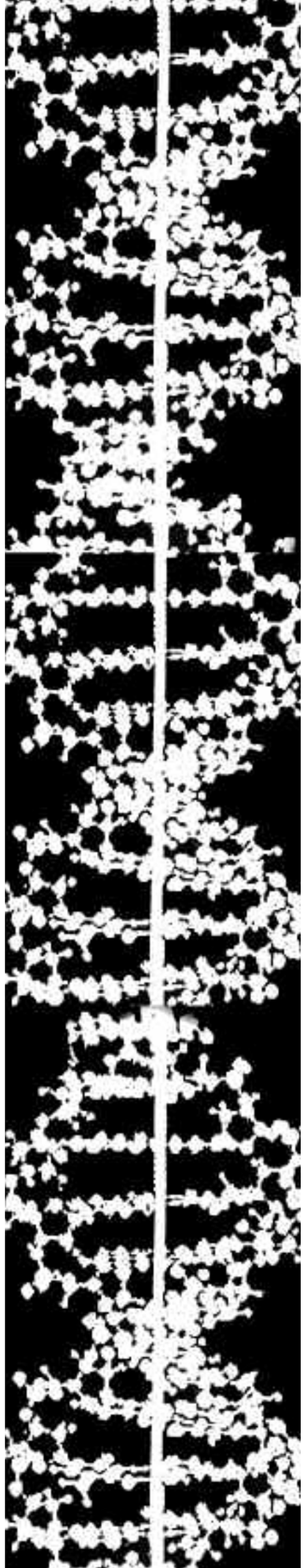
También se produjo una gran controversia en torno a las declaraciones efectuadas por Sontag en *The New Yorker* (24 de septiembre de 2001) acerca de las repercusiones de los atentados del 11 de septiembre. Sontag había declarado: «¿Quién sabe que no fue un "cobarde" ataque contra la "civilización", la "libertad", la "humanidad" o "el mundo libre", sino un ataque contra la autoproclamada superpotencia mundial, el cual se llevó a cabo a raíz de las específicas alianzas y acciones de los Estados Unidos? ¿Cuántos ciudadanos están conscientes de los actuales bombardeos norteamericanos contra Irak?»

no existen, que no tienen valor, ¿acaso no está excluyendo a quien desea mantener su propia identidad? ¿Acaso no hay racismo más patente que el de quien desea suprimir todas las razas, para acabar con cualquier diferencia?

Cuando uno plantea estas objeciones, el discurso oficial se apresura a descalificar al disidente como «racista». Nótese la pirueta: si uno sostiene que hay diferencias de dignidad entre las razas, y que por tanto hay razas despreciables, entonces es racista; pero si uno sostiene que todas las razas son igualmente dignas, es decir, lo contrario de lo anterior, entonces también es racista. De manera que uno termina siendo racista por el mero hecho de considerar que hay razas. El mecanismo es perfectamente absurdo: recuerda mucho, formalmente, al de esas feministas iracundas que proyectan el epíteto de «machista» sobre cualquiera que defienda la existencia de dos sexos distintos. Ahora bien, nadie discutirá que hay dos sexos distintos: eso es un dato de la realidad. ¿Y qué sentido tiene reprobar moralmente a la realidad? Del mismo modo, también hay grupos humanos distintos; grupos donde el factor raza tiene un peso mayor o menor, pero que, en todo caso, es una realidad de hecho. ¿Cómo puede decirse que defender lo obvio es ser «racista»? Ningún pensamiento sensato puede nacer de la negación o de la condena de lo obvio. Por eso conviene poner las cosas claras.

Las razas existen; son un dato antropológico. Lo que es discutible es su valor científico, su relevancia, según el campo de lo humano que uno contemple. La relevancia del hecho racial, que hoy parece menor desde el punto de vista genético, sigue sometida a discusión desde el punto de vista psicológico y es incuestionable desde el punto de vista morfológico. En los últimos años parece haberse asentado la certidumbre de que las diferencias raciales no traducen una diferencia relevante en el stock genético humano. Muchas voces, basándose en esa constatación, privan de cualquier validez científica al término «raza». Tampoco faltan científicos dispuestos a declarar periódicamente, sobre todo en medios de comunicación de masas, que «las razas no existen». Estas afirmaciones no dejan de plantear un problema insuperable: si no hay razas, ¿cómo es que hay racismo? Mientras tanto, en el terreno de la psicología, el trabajo experimental sobre las diferencias raciales parece prácticamente proscrito por mor de la political correctness, especialmente en los Estados Unidos, que han sido siempre los pioneros en este tipo de estudios. Los trabajos de Eysenck y Jensen siguen siendo fuente de autoridad (relativa), pero las interpretaciones abusivas de sus resultados los han envuelto en una nube de polémica. Y finalmente, en el aspecto morfológico, esto es, en la descripción externa y orgánica de la anatomía según criterios raciales, las cosas han caminado hacia una creciente complejidad: las diferencias raciales son una obviedad, pero el concepto de «raza», tal y como se formuló, por ejemplo, a finales del siglo XIX, es bastante poco operativo para definir una realidad muy diversa. En definitiva, el concepto de «raza», desde un punto de vista científico, puede seguir siendo utilizado a falta de otro mejor, pero está muy lejos de poder inspirar grandes teorías de carácter antropológico. Este es, sumariamente, el ámbito real, objetivo, del término «raza».

Las razas pueden ser descritas, incluso cuando la descripción no llegue a reflejar la real complejidad del objeto. Cosa distinta es trazar jerarquías absolutas entre las razas así descritas; por ejemplo, sostener que los blancos son globalmente superiores a los negros, o los amarillos superiores a los blancos, por el hecho de pertenecer a ese grupo racial y con independencia de cualesquiera otros factores antropológicos. Pero hay una diferencia esencial entre la descripción y la jerarquización. Conviene subrayarlo, porque en nuestra opinión pública existe un exceso de vigilancia sobre estas cuestiones. Por ejemplo, cualquiera que trate de definir anatómicamente las características de una convencional «raza nórdica», se verá rápidamente llevado al cadalso por racista. Pero ¿dónde está el delito? Hay una histeria de la «vigilancia social» que no pocas veces se traduce en simple delación



El ADN revela la identidad racial de los seres humanos y demuestra que las diferencias cuentan tanto como las similitudes.

Los integrantes blancos de Salvamento Marítimo socorren a los negros (¿por qué, si se puede decir «blancos», no se puede decir «negros»?) llegados en cayucos y los desembarcan en las Canarias.

y que ha cubierto con un manto de oprobio cualquier perspectiva científica de tipo racial. La mejor prueba de que estamos ante un efecto de histeria colectiva es que el oprobio sólo se aplica en una dirección. Así, por ejemplo, todos nuestros diarios se llenan de admiradas referencias a la superioridad de la raza negra cada vez que comienzan unos Juegos Olímpicos. De poco servirá explicar a los apologistas que la raza negra, propiamente dicha, no existe, porque en realidad hay varias razas negras; tampoco faltará quien considere tal matiz como un acto de racismo. Del mismo modo, la humillación por razón de raza está tolerada cuando el humillado es blanco. Así, la escritora progresista norteamericana Susan Sontag no tuvo empacho en aseverar que «la raza blanca es el cáncer de la historia humana», frase cuyo absurdo esencial puede medirse fácilmente cambiando el sujeto de la oración por cualquier otro color. Y además porque el concepto de «raza blanca», así formulado, tiene tan poco valor descriptivo como el concepto de «raza negra».

Por qué el racismo es un error

El racismo no consiste en declarar que hay razas. El racismo consiste en pretender que unas razas son esencialmente superiores a otras. Es, pues, una posición construida sobre la adscripción de juicios de valor, generalmente subjetivos, a una realidad más o menos objetiva. Como aquí estamos moviéndonos en un ámbito donde es extremadamente fácil caer en enojosos abismos de demagogia, conviene poner las cosas meridianamente claras. El racismo es una ideología basada en una extrapolación abusiva del concepto de raza, desde lo antropológico hacia lo político o lo moral. Ahí, en esa extrapolación, reside el error del racismo. Lo que hace del racismo una ideología equivocada, hasta el grado de la superstición, es el encadenamiento de tres errores consecutivos: equivoca el contenido del concepto «raza», le atribuye cualidades morales improcedentes y traza jerarquías absolutas entre unas razas y otras. Veamos esos tres errores por separado.

El deseo de ver reflejados los propios rasgos en las generaciones subsiguientes es algo completamente humano.

Primero, el racismo atribuye un valor normativo absoluto a la descripción racial: clasifica a los hombres por su raza. Pero esto, como hemos visto, no es correcto. Las razas humanas existen desde el punto de vista anatómico y morfológico. Esas razas no coinciden con el tópico vulgar de los colores —negro, blanco, amarillo, etc.—; las cualidades que sirven de base a las clasificaciones raciales son mucho más complejas e incluyen los hallazgos de disciplinas como la hematología. Incluso así, la clasificación antropológica racial, que posee cierto valor descriptivo, no posee gran valor normativo. Primero, porque

La valla de Ceuta. Detrás, saltándola a veces, se agolpan miles de africanos.

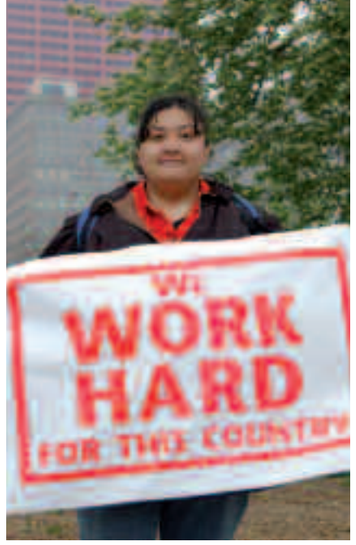
ese valor normativo tendría que aplicarse a la comparación de grupos humanos con cierta homogeneidad interior, pero tal cosa sólo raramente existe: no es factible reunir a un grupo de bosquimanos, trazar una serie de características exclusivamente suyas y compararlas después con las características exclusivas de un grupo de japoneses, teniendo la seguridad de que los datos que comparamos son exclusivamente bosquimanos o exclusivamente japoneses. Y además, el valor normativo de la descripción es muy débil porque las cualidades de carácter racial sólo son una parte de las características que definen a los humanos: influirán además el stock genético personal, las condiciones ambientales, etc. De modo que la visión obtenida a través de la perspectiva racial siempre es necesariamente parcial, fragmentaria. No es posible trazar sobre ella jerarquías generales.

Después, el racismo atribuye a las cualidades raciales otras tantas cualidades morales supuestamente universales: así, por ejemplo, el blanco sería más inteligente, el negro sería más fantasioso y el amarillo sería más paciente. Pero estos tópicos, que ni siquiera alcanzan el rango de seudociencia, no superarían el menor examen objetivo. Primero, porque no es posible situar cualidades morales en la morfología anatómica, más allá de ciertas generalidades anímicas (recuérdese la clásica división pícnicos-atléticos-leptomorfos, que es interracial). Y además, porque todas las exploraciones del carácter colectivo naufragan cuando se contrastan con las singularidades de los caracteres individuales y con las diferencias espacio-temporales. Por ejemplo, toda la literatura sobre el carácter arrojado y aventurero de las gentes nórdicas queda en mal lugar cuando uno contempla a los actuales escandinavos. Del mismo modo, el tópico colonial sobre el carácter sumiso o inconsistente del «negro» se desvanece cuando uno piensa en Shaka, el célebre jefe zulú. Las supuestas cualidades morales de los grupos raciales no son universales, luego carecen de valor.

La inmigración no es «algo bueno». Es un fenómeno globalmente negativo, tanto para quienes se ven obligados a abandonar sus hogares como para quienes les reciben.

Por último, el racismo, sobre esa base de diferencias raciales-morales, traza una neta diferencia jerárquica. Pero no hay nada que realmente avale tal jerarquía en términos universales. Un buen ejemplo de esa difícil aplicación general de los criterios de raza son los recurrentes estudios sobre el éxito académico en las universidades de los Estados Unidos. Desde hace años, todos los estudios comparados sobre grupos étnicos y éxito académico coinciden en los mismos resultados: los estudiantes más aventajados son los asiáticos; después vienen los blancos de origen anglosajón o europeo; tras ellos, los hispanos y, finalmente, los afroamericanos. Si procediéramos según el método de la generalización directa, tendríamos que concluir que los orientales son intelectualmente superiores a los blancos y se hallan preparados para triunfar en la sociedad moderna con mejor rendimiento que los demás grupos humanos. Pero, en ese caso, las sociedades asiáticas tendrían que

destacar por su portentoso desarrollo civilizatorio, que debería ser superior al europeo o al norteamericano, y también al de las naciones iberoamericanas, y es obvio que esto no es así. Entonces, ¿qué nos están diciendo esos estudios? Sencillamente, que los estudiantes asiáticos obtienen mejores rendimientos que los demás en el sistema universitario americano: un sistema, por cierto, que no inventaron los asiáticos, sino los americanos. En definitiva, toda generalización de los resultados obtenidos en la comparación de las razas humanas tiende a pecar de abusiva.



Manifestación mexicana en Chicago.

El racismo como superstición moderna

El racismo es una ideología elemental, con algo de infantil, construida sobre presupuestos muy rudimentarios y con escaso o nulo valor de verdad. Sin embargo, llama la atención que haya sido, históricamente, una ideología propia de la modernidad y aupada sobre un patrón supuestamente científico. Hannah Arendt, en sus reflexiones sobre el totalitarismo, proporcionó un interesante enfoque sobre las ideologías racistas. Para la gran pensadora judía y alemana, la ideología racista es un fenómeno típicamente moderno: dado que las sociedades modernas disuelven los lazos sociales tradicionales y crean un tipo de sociedad fragmentada, el racismo —como, por otra parte, el nacionalismo— es un intento de hallar un factor de unión sobre bases supuestamente sólidas. La ciencia de mediados del siglo XIX, y de las décadas posteriores, proporcionó esa base, pero siempre con el sesgo de unas afirmaciones provisionales sobre un objeto nunca bien definido. El racismo es, en fin, un error. Un error típicamente moderno.

Hasta el siglo XVIII no es posible hablar con propiedad de racismo o antirracismo. Por ejemplo, se ha hablado mucho del racismo embrionario de Platón, pero es un argumento flojo: la distinción platónica de categorías humanas al modo de metales (oro, plata, cobre o hierro) más parece una interpretación física del clásico modelo trifuncional indoeuropeo. Y si en la antigüedad no hay, filosóficamente hablando, racismo digno de ese nombre, tampoco hay antirracismo. Es verdad que la desvalorización del hecho racial puede rastrearse muy lejos, desde aquel párrafo de San Pablo según el cual ya no hay judíos ni gentiles, sino que todos somos uno en Cristo. Pero conviene subrayar que aquí no se trata de «raza» en el sentido moderno del término, sino de pertenencia a un grupo étnico definido ante todo por una religión; la igualdad que se predica, por otra parte, se mantiene en el plano espiritual. También, como es sabido, hallaremos en la historia innumerables ejemplos de exclusión de grupos sociales por su pertenencia a un grupo étnico determinado, especialmente en los procesos de formación de las naciones modernas; en España, por ejemplo, las expulsiones de judíos y moriscos o, en otro aspecto, la segregación de los agotes, aquellas misteriosas gentes del Pirineo navarro. Pero esto, en rigor, no es racismo, porque el motivo de la exclusión no es la raza, es decir, un determinado número de características físicas, sino la religión, y singularmente el hecho de que esa religión se vincule a un grupo social homogéneo y distinto del grupo dominante. Y al contrario, desde el Renacimiento hasta el Barroco encontramos importantes reflexiones acerca de la naturaleza del otro, del que es distinto a uno, como acredita la célebre Controversia de Valladolid. Obligados a pensar la diferencia humana, los hombres del Renacimiento y del Barroco, como los de la antigüedad, intentan encontrar categorías intelectuales que den cuenta de la identidad y la alteridad; no las encuentran en conceptos como «raza», de naturaleza biológica, sino que buscan conceptos de orden espiritual, como «alma».

La policía intenta detener a dos estudiantes que se manifestaban en contra de la reforma de la inmigración en Woodland, California (marzo de 2006).

Para que el concepto de «raza» adquiera valor de circulación será preciso que el mundo cambie de naturaleza, que la referencia religiosa sea sustituida por la referencia científica, y eso ocurre con el advenimiento de la Ilustración. Es el hombre ilustrado el que, buscando aplicar a toda la realidad conocida criterios objetivos y científicos, empieza a clasificar a los hombres con categorías fisiológicas que incorporan cualidades morales y que se subordinan al hecho racial. De manera que la modernidad, que despliega un discurso general de carácter universalista y cosmopolita, y que hablará de igualdad y fraternidad, contiene también una neta vertiente racista. Hay un cierto equívoco en la idea de que la Ilustración abanderó el sueño cosmopolita de una humanidad fraterna. Voltaire era virulentamente antisemita. Hegel prestó gran atención a la clasificación racial del género humano. Marx, como es sabido, combinaba su internacionalismo proletario con un profundo racismo —bien lo sufrió su yerno, el cubano Lafargue, desdeñado por su suegro como «negroide». De modo que hoy puede parecernos que las ideologías modernas son incompatibles con el racismo, pero a sus creadores no se lo pareció. Los citados son sólo tres ejemplos entre otros muchos. Después, las interpretaciones antropológicas y sociológicas del darwinismo conducirán a planteamientos donde el mayor o menor grado de desarrollo (técnico) se pondrá en relación con la definición racial. Son los años del imperialismo, de la gran expansión colonial europea por todo el mundo. El resto del camino es bien conocido.

Los negros («la gente de color», dice el cartel) creen que el SIDA es una enfermedad de blancos. Así lo dice este cartel de una campaña de información sanitaria.

The Arizona Daily Star

Youth meet to talk about racism

Youths discuss ways to end racism, prejudice at schools

En las escuelas de Estados Unidos, la violencia entre los grupos raciales es una plaga, principalmente entre negros y mestizos hispanos. Para combatirla, se organizan sesiones de catarsis colectiva con la participación de artistas, pero sus resultados son nimios.

La violencia xenófoba y los insultos racistas son frecuentes en los estadios deportivos. Aquí tampoco tienen mucho éxito las campañas antirracistas.

El antirracismo, gemelo del racismo

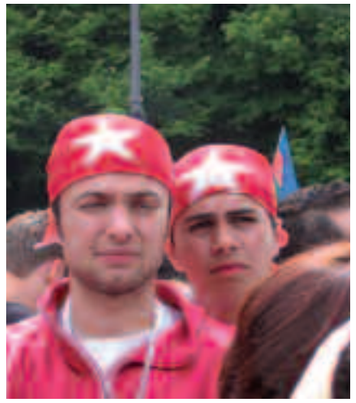
El pensamiento racista, como el antirracista, no depende de los sentimientos que uno experimente ante el hecho racial, sino del simple hecho de que el concepto de «raza» entre a formar parte de la reflexión. Y así como la ideología racista es hija del positivismo de la modernidad, de su cientificismo, del mismo modo la ideología antirracista es hija del universalismo de la modernidad, de su cosmopolitismo.

Las ideologías modernas, en efecto, predican que todos los hombres son, por su razón, esencialmente iguales en cualquier parte. En consecuencia, es lógico aceptar que las diferencias raciales no pueden ser obstáculo para alcanzar esa igualdad esencial. A partir de ahí, caben dos opciones: una, considerar que todas las razas tienen el mismo valor; otra, considerar que el hecho racial no es un valor positivo, sino un contravalor, y que por tanto debe ser destruido, pues se opone a la igualdad esencial de todos los hombres. Las ideologías antirracistas son una corriente reactiva contra las doctrinas racistas, pero unas y otras nacen del mismo ámbito de pensamiento: la modernidad.

La historia del antirracismo como cuerpo teórico es mucho menos visible

Théo van Gogh fue asesinado por un musulmán marroquí residente en Holanda.

que la del racismo. En sus orígenes aparecen siempre movimientos de inspiración religiosa que aspiran a traducir en hechos políticos o sociales la igualdad de las almas en el Paraíso. Este tipo de ideas circulará con fuerza, por ejemplo, en la retórica antiesclavista de la Guerra de Secesión americana, lo cual no impedirá que, acabada la guerra, la población negra siga segregada. En naciones que comienzan a formarse en el siglo XIX sobre la base de sociedades pluriétnicas, como ocurre en la América hispana, surge ocasionalmente un discurso antirracista que tiene por objeto aglutinar a los diversos grupos bajo la autoridad nacional-estatal, pero ese discurso no se traducirá en una realidad social igualitaria. Inversamente, aparecen fenómenos de carácter marcadamente racial como las rebeliones de esclavos negros en las Antillas. En las colonias europeas, el discurso igualitario de las metrópolis es antirracista sólo en apariencia. Por ejemplo, cuando las políticas de educación europeas se extiendan a las colonias, el objetivo de «igualar» a los súbditos coloniales llevará implícita la aniquilación de las culturas vernáculas. Es el conocido cuadro de los niños senegaleses recitando «Nuestros antepasados, los galos» en las escuelas de Dakar. Ese tipo de política



El auge de la identidad musulmana en Europa es un fenómeno cada vez más fuerte, como sucede en la juventud turca de Alemania.

En las últimas décadas, el discurso del mestizaje ha sustituido al del racismo como superstición.

paternalista será idéntica a la aplicada por el fascismo italiano en Etiopía. En la Rusia soviética, el antirracismo oficial del régimen significará, de hecho, el sometimiento de todos los pueblos —desde los bálticos hasta los buriatos siberianos— al patrón político y cultural comunista, sometimiento acompañado de deportaciones masivas y exterminios como los sufridos por los cosacos, los alemanes del Volga o los ucranianos.

Tras la segunda guerra mundial, el antirracismo se convierte en bandera del orden nuevo por oposición expresa al racismo del enemigo vencido. El aliento cosmopolita del pensamiento moderno triunfa por doquier. Las políticas de descolonización, ejecutadas con deliberada ignorancia de criterios elementales de identidad étnica, terminan creando Estados artificiales que, por otro lado, no tardarán en estallar en forma de pertinaces guerras civiles. En las naciones modernas con situaciones de segregación racial, como los Estados Unidos, aparecen movimientos vindicativos que, por un lado, conjugan el antirracismo con la igualdad de derechos sociales, pero, por otro, lo alían con la propia afirmación racial, como en el caso del Black Power. La línea predominante, en todo caso, es la de un pensamiento cosmopolita que aspira expresamente a constituir una única unidad de civilización en la que las diferencias identitarias hayan desaparecido. Esta tendencia encuentra un poderoso apoyo en el proceso de globalización que se dispara después del hundimiento soviético en 1989: la globalización se despliega como Cosmópolis, como aquel «One World» con el que soñaba Roosevelt, un único mundo con un único sistema para una única humanidad indiferenciada. En buena medida, ése es el proyecto al que los grandes poderes transnacionales nos están conduciendo. El antirracismo no es ya un discurso de reivindicación, de crítica, de oposición, sino al contrario, un discurso de poder, integrado por el nuevo orden del mundo.

Sobre este desarrollo, en el último medio siglo ha venido intensificándose una veta del antirracismo que no se limita a predicar la igualdad de las razas, sino que, en un paso más allá, aspira a que las diferencias raciales desaparezcan físicamente. Es la ideología del mestizaje. Ideología que en realidad no hace sino apurar, llevándolo al extremo, el argumento de la igualdad esencial de los hombres, pero poniéndolo en una perspectiva de aniquilación: dado que las razas no tienen valor, pero han sido y siguen siendo un obstáculo para la fraternidad universal de los hombres, deshagamos la diferencia racial, mezclemos a todo el mundo, porque el intercambio físico será la mejor expresión material de la deseada igualdad. Esto es la ideología del mestizaje.

Mohamed Bouyeri.

El cineasta holandés Théo Van Gogh, quien filmó una controvertida película sobre la cultura islámica, fue apuñalado y muerto a tiros en Ámsterdam.
De 47 años, Van Gogh había recibido amenazas de muerte después de que su película *Sumisión* se exhibió en la televisión holandesa.
Después de un tiroteo, la policía arrestó en las cercanías de un parque a un individuo de 26 años, que tenía doble nacionalidad holandesa y marroquí.

En el medallón: Mohamed Bouyeri, el asesino de Théo Van Gogh.

Abajo: el lugar en que fue asesinado.

Desconstrucción del mestizaje

La idea del mestizaje ha pasado a convertirse en un tópico con un campo semántico inequívocamente bueno, como una de esas fórmulas mágicas que en sí mismas procuran luz a la tiniebla y remedio a todos los males. Se habla de mestizaje en las artes, en la música, en la ropa y, por supuesto, entre las gentes. Mario Vargas Llosa declaraba a *ABC:* «Cuanto más se incremente el mestizaje, mejor irán las cosas para la sociedad». Pregunta inevitable: ¿Por qué? ¿Qué tiene el mestizaje que hace «mejor» a las sociedades? ¿Y qué es «mestizaje»? El racismo fue la superstición de finales del siglo XIX y principios del XX; el discurso del mestizaje es la superstición de finales del XX y principios del XXI. Es un discurso incoherente, meramente retórico e intelectualmente inane.

De entrada, el discurso del mestizaje se presenta como una denigración radi-

Inmigrantes ilegales en Francia se manifiestan reclamando su legalización.

Arriba, a la derecha. Una visión antigua del mestizaje: la América del siglo XVI.

cal del discurso de la raza: lo bueno no sería la pureza, sino la mezcla racial. Ahora bien, eso implica aceptar de antemano varias cosas. Primero, que las razas existen como factor de definición social y cultural. ¿O es que puede hablarse de mezcla si no hay cosas que mezclar? De manera que el «mesticismo» no es un antirracismo, sino un racismo al revés. No es un discurso válido para combatir el racismo, porque nace de su mismo punto de partida.

Además, la apología del mestizaje implica una segunda convicción: que la mezcla debe circular en todos los sentidos. Porque no tendría sentido defender el mestizaje en el exclusivo caso, por ejemplo, de que el sujeto agente sea africano y el sujeto paciente sea europeo; para poder ser elevado a categoría, el mestizaje debe ser igualmente ensalzado cuando el sujeto agente es blanco y el sujeto paciente es africano o americano. Ahora bien, entonces carece de sentido emplear la retórica del mestizaje como parte de un discurso de defensa de las viejas colonias, de los pueblos del tercer mundo o de los «damnés de la terre». ¿O acaso el colonialismo no ha generado fenómenos de mestizaje? Por consiguiente, el discurso del mestizaje perfectamente puede emplearse para legitimar el colonialismo —en la América hispana lo saben bien.

Por último, el discurso del mestizaje implica una atribución de valor, un juicio de calidad: sostiene que el resultado de la mezcla es cualitativamente superior al resultado de la no mezcla; una sociedad producto de mestizajes sucesivos será superior a una sociedad sin mezcla alguna. Bien: superior, ¿en qué? ¿En progreso espiritual, en desarrollo tecnológico, en poder material, en calidad de vida? Pero hay sociedades mestizas que han escalado altas cumbres de civilización, como la Grecia helenística —la herencia de Alejandro—, y otras condenadas al perpetuo conflicto, como Perú o Bolivia. Inversamente, en los pocos ejemplos de sociedades étnicamente uniformes que hoy quedan, las hay prósperas y las hay míseras, las hay dulces y las hay amargas. En la calificación objetiva del nivel de una sociedad, el grado de mestizaje es un factor irrelevante, superfluo, inválido para el análisis.

Por eso el discurso del mestizaje es una superstición («creencia contraria a la razón»). Primero, porque se mantiene —aun *à rebours*— en el viejo patrón antropológico del XIX, que otorgaba a la raza biológica un papel fundamental. Además, porque la alabanza de la mezcla sirve para justificar cualquier colonialismo, incluido el neocolonialismo económico y cultural que hoy se despliega como «globalización». Y por último, porque es inútil para evaluar el grado de bondad, belleza y justicia que una sociedad pueda alcanzar.

Naturalmente, no faltará quien juzgue la impugnación del mestizaje como simple racismo. Cada época tiene el delirio que se merece.

Moses Keokuk, hijo del famoso Keokuk, jefe de los Sac y Fox, y su hijo de catorce años, Charles Keokuk, fotografiados en 1868. Cuando el padre y el hijo son tan profundamente distintos, ¿qué pasa con la sociedad a la que pertenecen?

Cuestión de identidad

Oponerse al mestizaje no es ser racista. No es una actitud racista si no media una desvalorización del otro. La oposición al mestizaje puede perfectamente fundarse no en una desvalorización del otro, sino en un aprecio de sí, de uno mismo, de lo que uno es. El deseo de ver reflejados los propios rasgos en las generaciones subsiguientes es algo completamente humano. Basta pensar en la alegría del padre que constata cómo sus hijos se le parecen. Podemos entender este mecanismo psicológico, completamente automático, desde un punto de vista «existencialista»: hemos nacido para morir, nuestro paso por la vida material es efímero, apenas nada quedará de nosotros cuando hayamos muerto —quizás un recuerdo, algún tiempo—, pero el linaje, la descendencia, nos hace sobrevivir, nos permite proyectarnos más allá de la muerte. Este sentimiento puede predicarse igualmente así en lo individual como en lo colectivo: saber que tras nuestra muerte quedará gente que hable como nosotros, que sienta como nosotros, que adore a nuestros mismos dioses y viva la vida según nosotros la hemos vivido, es también una forma de superar el trance obligado de la muerte. Así lo que el hombre ha construido en la tierra no se lo llevará el viento, sino que permanecerá vivo. En ese sentido es particularmente admirable el pueblo judío, que ha sabido sobrevivirse durante cientos de generaciones prolongando una misma identidad. ¿Es racista esa preocupación judía por mantener el propio linaje? No, en la medida en que no nace necesariamente de un desprecio del prójimo, sino que procede más bien de la convicción de que uno es algo singular y de que es bueno seguir siéndolo.

Según el mismo patrón de pensamiento, el hombre que hoy se opone al mestizaje —por ejemplo, el europeo que recusa el matrimonio mixto— no está haciendo sino manifestar su convicción de que es bueno que su propia identidad sobreviva. El mero hecho de que esto se haya convertido en algo escandaloso ya debería hacernos sospechar.

Éste es, en conclusión, el paisaje general sobre el que podríamos ir pensando la situación de nuestra sociedad, de nuestra cultura, ante el fenómeno de la inmigración masiva. Preocuparse por la propia identidad no es algo nocivo. Cada identidad cultural es una forma humana, decantada por la Historia, de estar en el mundo. En ese sentido, no es un baldón para la convivencia, ni un obstáculo para la paz, sino una riqueza. Oponerse al «discurso del mestizaje» es defender el derecho a la propia identidad. No es un gesto de racismo. El racismo es una doctrina arrumbada por el paso del tiempo y que, por otro lado, ni siquiera encaja con el verdadero sentido del término «raza». Término, a su vez, que tiene su valor, pero sólo en su justo lugar, que no es el de las jerarquías morales. Y si plantear todas estas cosas es hacerse acreedor a la iracunda excomunión del desorden establecido, entonces más vale marchar al bosque, con los réprobos. ●

José Javier Esparza (Valencia, 1963), periodista, ensayista y novelista. Fue director de la revista *Hespérides*. Ha publicado recientemente la novela *El final de los tiempos*. Entre sus ensayos cabe destacar *Ejercicios de vértigo, Curso general de disidencia* e *Informe sobre la televisión: el invento del Maligno*. Acaba de publicar *El bienio necio. Crónica del zapaterismo*.

Eruditos clichés progres

Consignas del catecismo de lo políticamente correcto

«Hay que matizar»

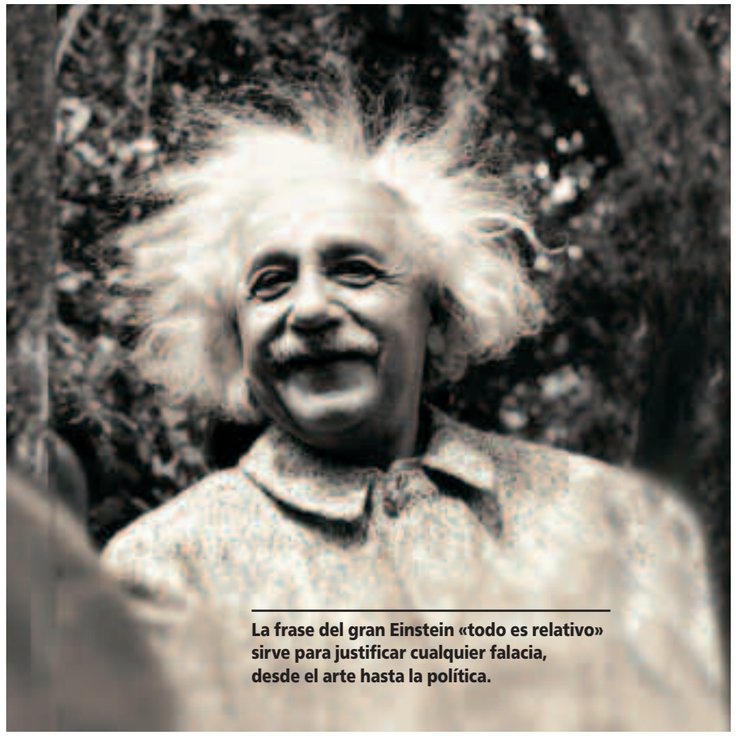
Todo, por evidente que sea, se estudia, se analiza, se le da vueltas como un trombo envuelto en verborrea hueca y altisonante hasta convertirlo en mentira que sólo es verdad según la óptica con que se mire: porque la evidencia, el hecho como tal, debe desaparecer. Cuando un progre le diga «hay que matizar», tiemble, porque le espera un sermón de manipulación seudo erudita.

«Hay que tomar distancias, ser objetivos»

Todo un clásico del repertorio, con una variante muy particular: si usted fue víctima de una dictadura de derechas, tiene pleno derecho a quejarse cuanto quiera: nadie se lo reprochará. Nadie le va a criticar diciendo que es un sentimental exhibicionista o un exaltado. Pero si usted fue víctima de la ETA, de Stalin, de Castro o de cualquier dictadura de izquierdas, entonces «hay que tomar distancias», porque «sí, sí, claro, es cierto lo que usted dice, pero… no se pueden juzgar las cosas bajo el impacto de la emoción. Usted vivió la experiencia del socialismo demasiado de cerca, sus sentimientos le impiden ser objetivo y esta denuncia tan visceral hasta le quita validez a unos argumentos que, sí, sí, no dejan de tener su parte de verdad, y bla bla bla…».

«Todo es relativo»

El gran Einstein nunca hubiera imaginado la que montó con su frase extraída del contexto científico en que fue concebida. Esta famosa frase es el no va más de la progresía. Extrapolada a cualquier ámbito, «todo es relativo» sirve para justificar cualquier falacia: desde el arte hasta la política.



La frase del gran Einstein «todo es relativo» sirve para justificar cualquier falacia, desde el arte hasta la política.

Es cierto, es cierto, en los países comunistas como la Cuba de Fidel no se respetan plenamente, ¡ay, qué pena!, las libertades democráticas —dice el catecismo progre—. Pero... ¿para qué quejarse tanto?

«Es superficial»

Así se califica cualquier análisis que no concuerde con las profundas teorías progres, aunque se trate del análisis más rigurosamente documentado con irrefutables pruebas.

«Nada es blanco o negro. Todo es del color del cristal con que se mira»

He ahí una variante de todo este relativismo nihilista, pero más antigua. Nada es blanco o negro significa, por ejemplo, que incluso los delitos manifiestos (siempre, claro está, que no se trate de infracciones políticamente correctas) no son achacables al delincuente. La culpa la tiene la víctima (la cual provocó tan lamentable actitud) o la la sociedad (la cual no le ofreció al delincuente las adecuadas atenciones que le impidieran delinquir).

Víctor Farías en Berlín.

La fuerza de los clichés progres reside en la debilidad de sus adversarios. El mito de Salvador Allende (aquí en un sello de Alemania Oriental) sobrevive a pesar de los trabajos del filosofo chileno Víctor Farías.

«Beauty is in the eye of the beholder»

«La belleza está en el ojo del que mira»: este proverbio inglés ha sido abundantemente utilizado por la progresía norteamericana en todos los libros de texto universitarios sobre arte, siendo explicada en largos e insufribles párrafos de muy confusa pero docta argumentación. Con esta frase, de gran musicalidad en la lengua inglesa, justifican cuanto mamarracho se pinta o se esculpe sobre la faz de la tierra.

«No es mejor ni peor: es distinto»

He ahí el engendro con el que se intenta justificar el igualitarismo a todos los niveles. O bien se está diciendo una perogrullada (¡por supuesto que lo mejor no es lo mismo que lo peor!, ¡claro que son dos cosas distintas!); o bien se está diciendo algo tan grave como que no hay ni Bien ni Mal, ni Verdad ni Mentira, ni Belleza ni Fealdad. Nada es mejor ni peor: ni las ideas que chapotean en el nihilismo progre, ni las que buscan la grandeza de miras. Sólo son cosas distintas… Lo único que no se entiende entonces es por qué odian tanto a quienes no pensamos según su huecas ruedas de molino.

«Nadie posee la verdad»

Con esta lapidaria y casi bíblica frase los progres cierran toda discusión cuando se encuentran perdidos en la falaz maraña de sus argumentos. La rigidez mental en la que se han enclaustrado no les da para más. Olvidan que con la frasecita en cuestión se definen así mismos con toda nitidez.

¡Y viva el nihilismo!

Defendiendo con ardor la fiesta de los toros

Albert Boadella

«¿Qué puede decir un comediante hablando en esta cuna de la tauromaquia que es la Real Maestranza de Sevilla?» —se preguntaba Albert Boadella, durante su intervención y coloquio en el Teatro Lope de Vega, un domingo de resurrección, 16 de abril de 2006, en Sevilla, con ocasión de haber sido el dramaturgo catalán invitado a pronunciar el Pregón de fiestas en la Real Maestranza de la capital hispalense. Por su interés publicamos algunos fragmentos de estas intervenciones, las de Albert Boadella y las de su oponente.

Enfrentarse ritualmente a la muerte como hace el torero es, para Boadella, «un ejemplo moral para el público». En el mundo actual se quieren esconder la muerte y el dolor. En las corridas éstos reaparecen; de ahí los ataques que sufre la Fiesta. Entre los ritos que, hoy como ayer, dan sentido a la Fiesta, está el paseíllo inicial de las cuadrillas.

He tratado de imaginarme la razón precisa por la que los maestrantes me habían ofrecido el honor del pregón. Después de barajar distintas deducciones, he llegado a la conclusión que sólo pueden existir dos causas: la defensa apasionada del arte que más admiro, y al mismo tiempo, mi condición de catalán. Digamos que esta última parece llevar mayor peso, dadas las actuales circunstancias de aquella tierra en relación con la tauromaquia.

Catalanismo y tauromaquia

Pues bien, yo trataré de corresponder a la confianza con la que me han honrado, mezclando las dos razones. Voy a defender los toros ardorosamente, pero también bajo el sentido práctico que el tópico nos atribuye a los catalanes. Ahora, más que nunca, es necesario componer argumentaciones sólidas ante las incesantes ofensivas contra la Fiesta. Para ello, me he permitido la libertad de invitar a un ardiente antitaurino, que sin embargo representa un caso singular entre dicho colectivo. Es educado, no insulta y expone consideraciones razonables. A él le cedo, pues, el primer turno del debate.

Si en los toros se engarza lo profano y lo sagrado, en la Macarena sevillana, como en tantas otras Vírgenes andaluzas, se une a la vez lo femenino y lo divino.

La vida moderna tiende a mitigar en los individuos sus envites irracionales y los hombres van penetrando en una nueva era donde predomina una mente laica y científica sin adherencias mágicas. La ecología y el amor a los animales son una mística nueva basada en la unión con la naturaleza evitando la relación violenta. Los ciudadanos de la Unión Europea no están educados para gozar del sufrimiento animal, pero mucho menos, cuando encima, este sufrimiento se convierte en espectáculo público. En definitiva, tendrán que aceptar que el mundo contemporáneo corre en sentido contrario a la tauromaquia.

Ésa no es una razón concluyente: también el mundo moderno corre en sentido contrario a Velázquez, y hoy lo cambiaríamos por cualquiera de los pintores actuales. Lo que sí me resulta sorprendente es su rechazo de lo que llama adherencias mágicas en el hombre actual; y lo es mucho más después de una semana en la que una multitud enfervorizada y henchida de éxtasis venera en Andalucía sus imágenes religiosas. Tengo la impresión de que los toros, por lo menos en Sevilla, perdurarán lo mismo que la Macarena, lo cual, no me parece poco. Pero ¿no considera usted asombroso que ante tantos intentos de eliminación, los taurinos hayan demostrado siempre tan obstinada resistencia a ser desahuciados? Llevamos siglos en ello. Y es que, en el fondo, los aficionados tampoco estamos del todo en desacuerdo con los argumentos contrarios a la Fiesta. Esta imagen de la Europa culta e higiénica no nos resulta refractaria y participamos de ella. Se podría afirmar que el aficionado entiende las razones ajenas, pero no las hace suyas porque intuye que las propias son mas añejas. Son razones profundas, precisamente, forjadoras de la civilización a la cual recurre usted como ejemplo de nuestro salvaje comportamiento.

Se da la paradoja de que en esta Europa de ciudadanos tan domesticados preva-

El mundo de hoy pretende situar la cultura en un plano aséptico, incoloro e inodoro, heredero del puritanismo que animaba a los colonos del *Mayflower*. Sin saberlo, los defensores actuales de los «derechos de los animales» son los descendientes intelectuales de estos dos puritanos en camino del templo.

En cuanto al sufrimiento, no existe hasta el momento ninguna posibilidad de homologar en un mismo plano lo que puede sentir el animal en correlación a lo que siente una persona.

lece todavía la raigambre del arte arcaico y popular impregnando el sentimiento de la gente, más allá incluso de la pervivencia del propio arte. Advierta usted que, ante formas ya casi residuales de lo que fueron en su día, aún sobrevive la emoción frente tales vestigios del pasado. Cierto que no adoramos al minotauro, pero la contemplación de una gran faena reproduce sensaciones muy parecidas. ¿Se pretende ahora impedir que en nombre de la civilización moderna nos asomemos por unos instantes a ese pasado extinto del que venimos?

Naturalmente, porque en la actualidad se promocionan otras formas exentas de crueldad, como el caso del deporte, las cuales, canalizan de manera más civilizada una identificación popular sin provocar la muerte de un animal inocente.

La inocencia animal no existe

No empecemos con las comparaciones. La inocencia animal no existe, porque el término inocente es un concepto judeo-cristiano derivado del pecado original. Semejante orden humano y moral, lógicamente, no alcanza a ningún bicho.

Usted me cita el deporte como remedio moderno y civilizado para conseguir canalizar o controlar esas energías arcaicas. Ciertamente hoy se conduce los individuos hacia formas que no dañen la corrección política; entre ellas, la más utilizada y promocionada en Europa hasta la saciedad, es el fútbol. Pero paradójicamente este deporte ha provocado más muertes y violencia que los toros. […]

Un chamán Honovi-Walpi fotografiado en 1910, y un matador peruano en 1860. Un vinculo directo reúne a estos dos hombres: el respeto a los valores vitales de la naturaleza.

En los toros se puede triunfar sin que sea necesario el fracaso ajeno. Pueden incluso triunfar todos los participantes, y entonces, el éxito de la corrida es aun mucho mayor. El público taurino acude a la plaza con ansias de cultivar sus registros emocionales porque allí rememora la lucha del hombre frente a la dificultad.

Los toros son evocación y memoria que nos induce a una mayor lucidez ante nuestro irreversible final ¿No es un milagro poético que en la era de la informática y la conquista espacial, un simple pase, un quite o un desplante, basten para colmar la vida de una multitud? […]

Nada de ello justifica la muerte de un toro por simple diversión

Es que no se trata de una diversión. El contacto con lo trascendente no divierte. Si hemos asumido que los humanos somos algo más que una amalgama de músculos, huesos e instintos, moviéndonos exclusivamente por la supervivencia, la misma razón material que jus-

Lamentablemente, la muerte y el dolor forman parte indisoluble de la vida. Tratar de esconder, mitigar o, simplemente, presentar una vida sin muerte es faltar a la verdad.

tifica comernos un filete nos avala ante cualquier actividad que favorezca la expansión y el desarrollo de las capacidades mentales, como sería el caso de los toros, o de la investigación científi-

José Redondo, *el Chiclanero*.

ca. Incluso a costa del supuesto sufrimiento animal. Porque en el hombre civilizado, la búsqueda de la verdad y la belleza es tan imprescindible como el filete. […]

No pretenderá sostener ahora que los animales no sufren…

Es posible, pero no bajo el retrato apocalíptico que hacen ustedes. Sus teorías sobre el sufrimiento las propagan siempre construyendo una argucia fraudulenta. La artimaña consiste en sustituir mentalmente el lugar del toro por una persona, y demostrar así, con todo lujo de detalles, la magnitud del tormento. Esto no sólo constituye un ardid demagógico, sino que resulta científicamente falso. No existe hasta el momento ninguna posibilidad de homologar en un mismo plano lo que puede sentir el animal en correlación a la persona. […]

«Vivimos en una sociedad que considera que nada hay peor que la muerte. Esta idea es totalmente nueva. En el pasado, los europeos siempre habían estimado que muchas cosas eran peores que la muerte: el deshonor o la esclavitud, por ejemplo, o también todo lo que degrada la imagen que nos hacemos de nosotros mismos.»

ALAIN DE BENOIST

Precisamente estas supuestas diferencias nos obligarían aún más a responsabilizarnos y proteger la totalidad de las formas de vida en el planeta sin promover el sufrimiento inútil.

Unas sí y otras no. No vamos a proteger especialmente a las garrapatas. Porque cuando ustedes hablan de sufrimiento, ¿hasta donde establecen los limites permisibles? ¿A las moscas que agonizan con el insecticida? ¿Al genocidio de bacterias por el antibiótico? Una rata, ¿es más o menos digna de conmiseración que el gato? […]

Precisamente, en el caso del toro, le puedo asegurar que se trata de una de las especies salvajes mas protegidas de Europa. Su atención en cuanto a cuidados, alimentación y medio natural se refiere, es ejemplar. En cualquier corrida hay años de trabajo y autentica devoción hacia el toro. Si fuera al revés y estuviera en mi lugar, usted

Juan Lucas Blanco.

utilizaría la comparación demagógica con los animales para sostener que muchos ciudadanos preferirían una bucólica vida como el toro bravo, si la única contrapartida fueran sólo veinte minutos de lucha a muerte en la hora final. […]

El hombre moderno ha invadido el espacio de los animales. Los ha almacenado cruentamente para el consumo, pero curiosamente, solo al toro se le ha respetado su espacio vital. Y han sido precisamente los ganaderos taurinos los que se han esforzado en procurarle el medio natural que necesita.

Se le ha respetado el espacio con la perversa intención de hacer de su muerte un espectáculo y una exhibición pública.

Acto didáctico, moral y bello

Por fin hemos llegado al núcleo de la cuestión: el puritanismo. Nadie debe saber la historia de una morcilla. No importa cómo ha vivido almacenado el cerdo, cómo ha sido transportado y ejecutado. La muerte bien escondida. […] Se manipulan incluso los documentales para no mostrar cómo un león se zampa, y con que gusto, un tierno cervatillo. Esa realidad natural no forma parte de la versión bucólica o de justicia social con que quieren influir el ecosistema. Ustedes sueñan con un Dios a su medida, vegetariano, progresista, algo agnóstico y republicano. No pueden aceptar que el bondadoso muera joven y el canalla dure más que Matusalén. Quieren imponer su dogma igualitario y pacifista en la naturaleza. Es una ficción muy agradable, pero lamentablemente la muerte y el dolor forman parte indisoluble de la vida. Tratar de esconder, mitigar, o simplemente presentar una vida sin muerte es faltar a la verdad. En cambio, enfrentarse a ella con dignidad y entereza como el torero, constituye precisamente un ejemplo moral para el público. El matador y el propio toro personifican una de las metáforas más rotundas en este sentido.

¿Cuál debe ser el destino del toro de lidia?
¿Morir como vive en la naturaleza, combatiendo?
¿O, sacrificado en secreto por un matarife,
terminar en la tienda de un carnicero?

Voy a defender los toros ardorosamente. Ahora, más que nunca, es necesario componer argumentaciones sólidas ante las incesantes ofensivas contra la Fiesta.

Desempeñan el símbolo de algo que se halla presente de forma constante en nuestra mente y que necesitamos ver representado para encauzar nuestros temores y nuestras ansias heroicas. De hecho, nos sitúa ante una verdad difícil de asumir, lo que hace también de los toros, no sólo un rito de enorme belleza, sino un acto didáctico y moral.

Lo que me faltaba escuchar: ¡didáctica a costa de la muerte de un pobre animal de media tonelada!

Y algunas veces del torero, porque de la confrontación entre un hombre y un toro, el desenlace solo puede culminar en muerte.

Naturalmente, porque el público acude con el deseo inconfesable de que además del toro, muera también el torero en la plaza para poder contarlo después ¿A quién de ustedes no le hubiera gustado estar en el coso de Linares cuando Islero mató a Manolete?

Yo creo que a todos, a pesar del dolor. Como hubiéramos deseado estar presentes en la muerte de Aquiles. Los taurinos atribuimos al torero unas virtudes heroicas, y es lógico que asistir a la muerte de un héroe en la plaza constituya una tra-

gedia épica capaz de enaltecer nuestro espíritu con mayor grandeza que un fallecimiento en la UVI. Pero es obvio que nuestro anhelo no es nunca la tragedia del hombre sobre la arena. Pero usted me lo plantea así porque, en el fondo, algunos caritativos defensores de los animales expresan su gozo cuando la víctima es el torero.

¡Yo no deseo ninguna clase de muerte a nadie!

Ya sé que ustedes ostentan el monopolio de los buenos sentimientos. Sin embargo, con los taurinos no esgrime usted el mismo grado de exquisitez, porque al utilizar el ejemplo de Manolete, de paso nos atribuye a los aficionados instintos sádicos.

Manolete: una figura mítica, tanto por su arte como por su muerte a manos de *Islero*, aquel fatídico 28 de agosto de 1947, en la plaza de Linares.

Y así lo creo, porque es una realidad ostensible que en el público taurino hay claros componentes de sadismo y crueldad.

Yo no digo que no pueda existir algún desequilibrado que asista a una corrida con apetencia de sangre, pero de la misma manera que la gente no consume almejas vivas por el regocijo de verlas sufrir con el limón, los aficionados no acudimos a la plaza para compensar ninguna patología semejante, sino todo lo contrario; un deseo de perpetuar algunos destellos de la vida mítica y alcanzar, así, breves instantes de penetración en ocultas sensaciones soterradas por el mundo contemporáneo. Un mundo que hoy pretende situar la cultura en el plano aséptico, incoloro e inodoro del puritanismo. Y, naturalmente, los toros representan un escollo intolerable para la implantación de tan higiénicos conceptos.

Precisamente, en nuestro mundo contemporáneo existe demasiada violencia como para alentarla y exhibirla mediante pinchazos y desparramo de sangre, encubriendo de cultura una muerte inútil y absurda. Resulta ridículo debatir sobre las hazañas de un caballerete calzado con pantys rosas y chaquetilla de espejitos, agitando un trapo rojo frente a un pobre bicho ingenuo, cuya finalidad es ser abatido ante el regocijo general. La corrida es un acto tercermundista que alimenta bajas pasiones. En el futuro, cuando nuestro país adquiera un mayor refinamiento cultural, contemplará este pasado como el testimonio de la brutalidad de un pueblo que vivió tantos años postrado en la miseria.

Mientras el domador es un bufón que convierte al animal en un ser ridículo, el torero es el sacerdote de un sacrificio.

El torero, ese «caballerete de los pantys rosas»

[…] Me ha llegado al alma eso del trapo rojo, porque, ciertamente, cuando un hombre solo en la plaza, con este simple trapo, se enfrenta a un feroz animal de media tonelada y consigue transformar la materia salvaje del acto en belleza y armonía perfectamente racional, entonces el «caballerete de los pantys rosas» se convierte en un poeta. Es precisamente la austeridad de medios la que resulta decisiva para inducir las emociones profundas del espectador. Si el torero intentara lo mismo, colgado de un cable y volando sobre el toro, o realizando el juego con una moto, en el mejor de los casos, estaríamos ante un número circense, pues el exceso de artificio anularía la capacidad de sugestión. La poesía tiene que ver con lo más simple. Mezclando unos simples pigmentos y aceite sobre una tela de lino, Velázquez nos hace aparecer las Meninas. Mediante unas cuerdas de tripa sujetas a una caja de madera y frotadas por un arco, el violinista nos hará brotar las lágrimas. Poesía es también un actor solo sobre el escenario vacío, sin más artefacto que su cuerpo, trasladándose del pasado al futuro y convirtiéndose en múltiples personajes que toman vida por unos instantes. Con los mínimos elementos (el trapo rojo que usted cita) se consigue la máxima intensidad emocional.

¿Poesía ahora? A lo más digno que puede parecerse una lidia es a la brutalidad del circo romano. Un presidente-emperador que, en vez del dedo pulgar, extiende pañuelos para dirigir la carnicería, y unos matarifes pinchando a diestro y siniestro. En definitiva, masacre de fieras y personas ante el jolgorio de la masa.

Esta versión lleva un propósito tramposo. Contiene la misma finalidad escarnecedora que aquella descripción de la misa, en la que un caballero con faldas era seguido por un chaval que tocaba la campanilla cada vez que conseguía levantarle las faldas. […] La lidia no es circo, como la misa tampoco es un tipo disfrazado que trabaja en una mesa. No es así, ni bajo la óptica del ateo. Y cuando digo ateo, lo hago extensible a su posición frente la tauromaquia.

El público taurino acude a la plaza con ansias de cultivar sus registros emocionales porque allí rememora la lucha del hombre frente a la dificultad.

Mientras un torero entra en contacto con el toro, va estableciendo con él una relación de tiempo que resultará esencial para el éxito de la faena. Esta relación de tiempo es la única posible entre un animal y el hombre, más allá de la dependencia por la comida que ocasiona otro vinculo distinto, como es la doma o el circo. Pero, obviamente, torear nada tiene que ver con domar. El torero es el oficiante de un sacrificio y el domador un bufón que convierte el animal en un ser graciosamente ridículo. El toro no pierde su bravura porque no abandona su naturaleza salvaje por el hecho de entrar en diálogo armónico con el hombre. Todo lo contrario; en una buena lidia, el animal expresa con mayor autenticidad, si cabe, su fiereza y su carácter indómito, pero la acometida solo alcanza el esplendor cuando un diestro posee el don del tiempo. Lo sorprendente del acto es que, a pesar del enorme riesgo físico que entraña, si el torero consigue exhibir un dominio excepcional del ritmo, nos rebaja incluso la sensación de peligro, presentándonos su faena tan natural y tan sencilla que no parece entrañar riesgo alguno.

Hasta aquí no veo ningún mérito especial que no pueda atribuirse al baile de cualquier ciudadano en una discoteca, y en el mejor de los casos, a un bailarín danzando El Lago de los Cisnes. Pero imaginemos por un instante que, para hacer más verídica la representación, éste acabe por matar de veras un cisne con el fin de aumentar las emociones reales.

Dalí decía: «Lo mínimo que se le puede pedir a una escultura es que se esté quieta». Lo expresaba ironizando sobre las esculturas modernas con movimiento, pero esencialmente se refería a que todo arte debe ceñirse a sus propias reglas. No quiera confundirme. Las artes escénicas tienen como núcleo preferente la simulación. En la lidia no hay teatro, porque nada es simulado. El fundamento de los toros es que el torero siempre se halla al borde de la situación límite sin poder mostrar alteración alguna. Pero lo más asombroso es alcanzar un estado semejante, superando un miedo que paradójicamente paraliza los músculos e impide la soltura. Es un problema que no tiene el bailarín, porque la sustancia de una buena lidia no es la agilidad, ni la estética, ni siquiera los arrestos, sino derrotar el pánico.

Si el diestro logra vencer el terror, la acción recordará la naturalidad de los grandes artistas, los cuales acostumbran a dar la sensación de que la obra maestra, a pesar de su enorme complejidad, ha surgido con total facilidad.

Unidos, entre otras cosas, por la esencia del arte –que es el ritmo, el dominio del tiempo–, el torero y el actor comparten un mismo mundo. Arriba: una escena de *El lago de los cisnes*.

Abajo: estatua de Curro Romero en Sevilla.

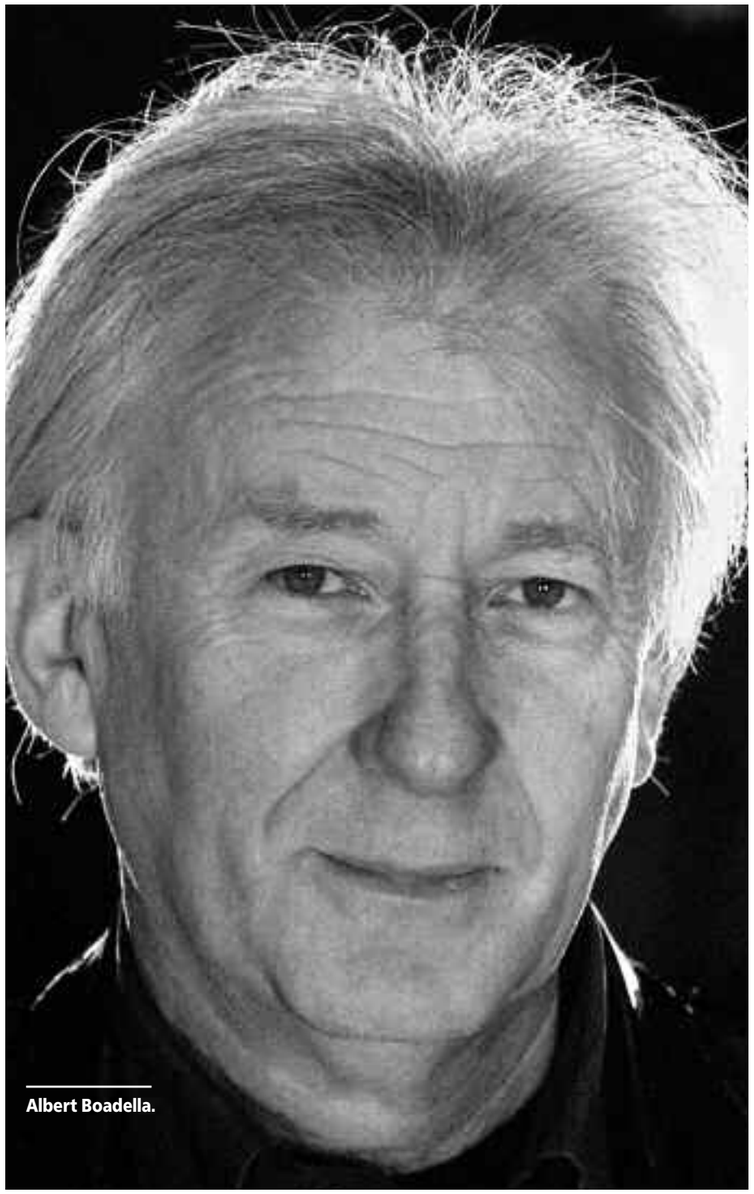
Semejanzas entre el torero y el actor

En resumen, quiero insistir en que la esencia del arte es el ritmo, o sea, dominar el tiempo contra toda dificultad. Cuando mayor es la dificultad, más impresionante resulta el dominio. En este sentido, no hay lugar mejor que el ruedo para mostrar de la forma más realista y explícita este principio. Los orígenes de la representación son similares en el torero o el actor. Sólo hay una diferencia sutil, pero muy substancial: aunque el comediante nos interprete magistralmente el valor heroico, siempre será porque tiene enfrente un toro de cartón.

Se protegen constantemente con el pretexto del arte ¿A qué se refieren? ¿Quieren decir que el toreo ha servido de inspiración de algunos famosos artistas? También se han realizado obras notables sobre guerras o martirios de los santos, y no por ello vamos a justificar el motivo de inspiración. Si lo que quieren decir es que se trata de un arte en sí mismo, me niego a reconocer tal clasificación. No puede ser considerado arte algo que contribuya al dolor ajeno, ya sea persona o animal.

Me parece un disparate negar el arte en los ritos de la tauromaquia por los supuestos agravios sobre la ética o la moral contemporánea. Sería lo mismo que no aceptar por sistema la belleza de las grandes obras universales, simplemente porque fueron realizadas por esclavos o artistas de dudosa moral. Además, habría que determinar si el dolor no es consubstancial a toda actividad humana que no esté centrada en la pura subsistencia. Hay sufrimiento y crueldad en la formación de un atleta, de un bailarín o de un cantante. La consecución de un objetivo superior exige siempre de unas renuncias que conllevan distintos grados de sufrimiento. Pero, dígame: ¿cuál es su empeño? ¿Un mundo en el que la belleza y el placer no tengan contrapartidas? Ése no es nuestro planeta; será una ofuscación pacifista, pero aquí sólo nacer resulta ya un acto doloroso.

Ustedes viven fuera de la realidad. ¿De verdad creen que hoy, en el mundo civilizado, bajo la excusa del arte se autorizaría un espectáculo público que planteara los mismos contenidos que la corrida?



Albert Boadella.

Le daré en parte la razón. Los ritos taurinos no son arte, si nos referimos al sentido moderno otorgado a esta palabra. Actualmente, lo que se llama arte es una actividad desprovista y desactivada de cualquier función conmovedora o transgresora. Son más bien materias ornamentales para serenar al ciudadano y justificar que una parte de sus impuestos se derivan a la cultura. Las artes ejercen hoy un simple papel decorativo bajo la tutela de las administraciones públicas, y estas actividades inocuas sólo alcanzan una reputación superior si están orientadas al goce exclusivo de las elites ¿Cómo puede caber en esta clasificación un acto que tiene su esencia enraizada en lo más popular? El alcance emocional de una corrida afecta a todos por igual. Cultos, analfabetos, ricos o pobres reciben en igual intensidad la expresión de una confrontación con la verdad. Si admitimos que el arte es una mirada a la realidad profunda, los toros dibujan una visión sintética de la realidad más esencial de la vida. Allí afloran grandes impulsos como la heroicidad, la prudencia, el temor, la astucia, el arrojo, la entereza o el sentido de la belleza. No hay actualmente en el mundo occidental ninguna expresión escénica, plástica o literaria que alcance tales cotas de participación y alteración de las entrañas. En este sentido, estamos ante una manifestación arcaica en estado puro, donde el pueblo es soberano, y no cabe distinguir entre el juicio de la masa y el de los expertos. Un arte, tan esencial como la música, donde sólo el sentimiento es lo que cuenta.

Pues mire, el digamos… arte, que ustedes proclaman con tanto énfasis, tiene los días contados. El mundo camina hacia la eliminación de las apologías violentas, y este sarao de la crueldad confío en que ya no lo puedan ver mis nietos.

Es posible, pero de momento, acudiremos todos esta tarde a la plaza más bella del mundo [la Real Maestranza de Sevilla], y allí, la sola visión del albero nos encenderá fugaces destellos de aquellos grandes diestros del pasado que hoy se hallan en el Olimpo. Yo también evocaré la frágil figura de mi llorado amigo Manolo Vázquez mirando al toro de frente. Estaremos todos allí, sin apetitos violentos ni deseos sangrientos, sino bajo el impulso irreprimible que mueve los hombres hacia la belleza y el arte. Es el mismo aliento que les conduce a las ansias de un Dios, y en esta quimérica búsqueda, algunas veces el torero, como un sacerdote de los tiempos remotos, es capaz de acercarnos por unos instantes a la intangible sensación de lo divino. […] ●

Albert Boadella es dramaturgo y director de la compañía de teatro *Els Joglars*. El éxito de sus obras le ha permitido sobrevivir sin necesidad de pedir subvenciones. Como ciudadano está implicado en la lucha contra el nacionalismo catalán, habiendo participado en la fundación del partido *Ciutadans*.

¡Sed terriblemente falócratas!

Laurence Terry

POBRES hembras de sexo triste y descolonizado, ninguna piedad me inspiran vuestros lúgubres complejos. Afeaos y envejeceos en vuestros remordimientos y en vuestras literaturas: las puertas del reino de Dios os están abiertas de par en par, pero no echéis una última mirada por la puerta entreabierta de vuestras aborrecidas alcobas, y sufrid algo más. Dejadme, antes de abandonaros con placer a vuestras izquierdistas y virtuosas neurosis, leeros un pequeño poema de Alcifrón, que os permitirá saber qué juegos sugerían a nuestras hermanas del mundo griego las cálidas noches del Mediterráneo. ¡Los suyos, desde luego, nada tenían que ver con los vuestros!

« A menudo nos hemos entregado a los desenfrenos, pero nunca de más encantadora manera. Lo que mayor gozo nos produjo fue la apasionante disputa de Triálide y de Mírrina acerca de sus nalgas: ¿cuál de ellas las poseía más tiernas y hermosas?

«Mírrina fue la que primero se desató el cinturón —su túnica era de translúcida seda— y fue contoneando sus caderas, temblorosas como pastel de leche y miel. Iba mientras tanto mirando de reojo los movimientos de su grupa y jadeando levemente como si entre amores se deleitara. Tan bien lo hacía que a Afrodita misma se semejaba.

«Pero Triálide, lejos de darse por vencida, la aventajó en lascivia: "No competiré— declaró— con tantos disimulos y velos, sino desnuda como en el gimnasio. Los subterfugios no le cuadran a este certamen". Dicho lo cual, se quitó la vestimenta interior, y arqueando levemente la cadera, exclamó: "¡Mira, Mírrima, qué lozana es mi piel! ¡Nítida y sin imperfecciones! Mira la púrpura de esas nalgas, ni hinchadas ni planas, observa sus pliegues en el muslo y sus hoyuelos en todo lo alto. Pero no tiemblan, ¡por Zeus!, eso sí que no… —añadió sonriendo— como las de Mírrina". Y diciéndolo, imprimió tales sacudidas a su trasero, lo agitó con tales ondulaciones entre sus caderas, que todas nos levantamos y concedimos el triunfo a Triálide.

»Hubo también concursos a propósito de caderas y pechos; pero ninguna se atrevió a enseñar su vientre después de haberlo mostrado Filomena, que no había tenido hijos y estaba radiante de juventud.

»Así pasamos toda la noche, criticando a nuestros amantes y suspirando por cambiar pronto de ellos, pues siempre son más gratos los nuevos amores. Salimos completamente enardecidas. Orgullosas, alegres e invenciblemente femeninas: tal como somos. Pero nunca nos gusta tanto la untuosa curva de nuestras nalgas, la dura punta de nuestros pechos y el brillo de nuestros húmedos labios como cuando nos ataca una tierna y poderosa acometida. Pensad, sin embargo, dichosos amantes, que una mujer nunca está del todo conquistada y temed las crueles confidencias de las Triálide y Mírrina cuando a veces cae la noche en vuestros desertados palacios. Gimientes y fundidas bajo vuestros a veces torpes ardores, tenemos en nuestras manos la revancha por toda nuestra solicitud. ¡Ay! Esas largas caricias y besos que tanto os complacen cuando yacéis entre el desorden de nuestros lechos perfumados, no son tanto el tributo de vuestra victoria cuanto que engañosos arcanos de vuestra derrota.

»No os equivoquéis demasiado, queridos amantes, cuando nuestra golosa boca recoge en vuestros ardientes músculos la acre huella de vuestros esfuerzos, en tanto que vuestros doloridos atributos (un poco risibles, la verdad) descansan y duermen inocentes en el hueco de nuestras impúdicas manos. ¡Cuidado con ellos, pues nos arrojan entonces a nuestro orgullo y a nuestros sueños! A esas fáciles victorias y a esas equívocas mañanas, preferimos la incertidumbre y la angustia de vuestros silenciosos ataques, el extraño desafío de vuestra victoriosa virilidad. ¡Sed dignos de nosotras, sed terriblemente falócratas! ¡Aún más hermosas, aún más deseables seremos entonces nosotras! Magulla, amante mío, mis muslos, muerde mi nuca, pero no cuentes conmigo, querido angelito, para llevarte leche y miel a la cama.» *

(Traducido del francés por Javier Ruiz Portella)

* Una última consideración, pero dirigida ahora a los adeptos de la «virtud» espartana a quienes hubiesen podido chocar mis palabras. ¿Sabéis cómo las atenienses, bien poco avaras de unos encantos que mostraban con tanta civilidad, denominaban a las mujeres de Esparta? Las llamaban: «Las-que-enseñan-sus-muslos»… Su túnica, corta y hendida, estaba hecha de tal modo que por poco que se levantara el viento, «se las veía del todo desnudas, desde la axila hasta el talón». ¡Hermoso vestido, por Afrodita!

Sátiras y melancolías de un liberal reaccionario

Marqués de Tamarón

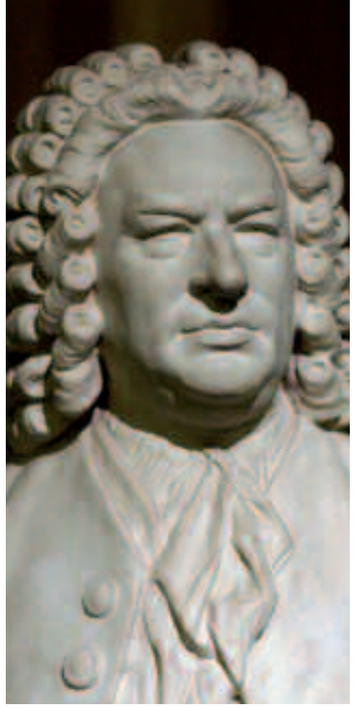
Nuestro director entrevista a Santiago de Mora-Figueroa, Marqués de Tamarón, escritor y diplomático. Como verá el lector, se trata de dos almas gemelas que comparten el amor por la literatura y la belleza, así como el recelo hacia el mundo contemporáneo. Dos personas que se preguntan qué pecados cometieron para haber nacido en el siglo XX.

—Si tuviera que destacar una cualidad que resumiera lo que más me impacta en tu obra, diría que es la conjunción de dos cosas: por un lado una suma elegancia, una suma concisión, una suma sobriedad de expresión, que se compagina, por otra parte, «con la más devastadora mordacidad en cuanto a fondo de lo expresado». Hay, por ejemplo, en uno de los ensayos de El siglo XX y otras calamidades *un pasaje extraordinario en el que llegas a defender nada menos que… la hipocresía y la censura. «Yo he sido siempre ardiente defensor de la hipocresía y de la censura —escribes— y no me voy a desdecir ahora. La hipocresía es esencial en toda sociedad moderna, que sin fingimiento sería invivible. Si todos expresásemos lo que pensamos, esa franqueza destruiría en horas cualquier tejido social. En cuanto a la censura, recuérdese que Shakespeare, Quevedo o Dostoyevsky escribieron bajo su mirada severa, y que yo sepa no escribieron peor que Terenci Moix. La censura —siempre que tan sólo obligue a callar, y no a decir como la soviética, mientras sea negativa y no positiva— aguza el ingenio y la pluma y es benéfico estímulo para el autor.» ¿Estás de acuerdo con esta conjunción de contrarios: suavidad en la forma y mordacidad máxima en cuanto al fondo?*

—Sí, supongo que en mi caso, y no soy el único, se produce una mezcla de sentimientos ante lo que yo al menos veo como una decadencia de la cultura occidental (tal vez de las orientales también, pero en todo caso es la nuestra la que nos importa ante todo), en ese culto a lo feo y a lo informe. Me suceden dos cosas que se entremezclan: por un lado, enfado y, por el otro, melancolía. La irritación, no siempre sorda, la expreso a veces con vehemencia y sinceridad al mismo tiempo; otras veces me acomete una especie de melancolía irónica. Es entonces cuando digo cosas como las que has mencionado en tu pregunta.

El siglo de las calamidades

—Precisamente, el título de tu libro de ensayos: El siglo XX y otras calamidades *aludiría a lo que acabas de mencionar. En una palabra, ¿por qué es una calamidad el siglo* XX*?, y, por extensión, ¿por qué es una calamidad la modernidad?*



«En nuestra época, ¿dónde están los Bach, los Homero, los Velázquez?», se pregunta el Marqués de Tamarón.

> *El siglo XX ha estado ya al borde de acabar con la civilización a secas, con dos guerras mundiales y el comunismo.*

El socialismo revolucionario, otra de las grandes calamidades del siglo XX.

—Yo creo que lo ocurrido ha sido que el hombre —y no empleo esta palabra sólo en el sentido de «varón» (preciso es aclararlo para que la corrección política no me ataque)— en suma, el ser humano, no ha sabido conservar la belleza y la dignidad combinándolas con otros valores más instrumentales, de modo que ha convertido la comodidad o el bienestar prácticamente en el único valor. Cabe pensar que se hubieran podido conservar los otros valores, tales como la belleza, la valentía, la dignidad o el saber defenderse; pero no es así. De hecho —lo estamos viendo en las sociedades modernas, que son las más susceptibles al chantaje— nuestras culturas no están dispuestas a defenderse. Eso tiene, además, otro aspecto, porque como tampoco nuestra sociedad cree en la belleza como valor importante, renuncia a ella, produciendo un arte esencialmente feo. Eso será todo lo lamentable que se quiera, pero yo creo que es innegable. De hecho, alguien como George Steiner, que es judío, bastante agnóstico, y se podría decir que liberal, dice claramente en su libro *Presencias reales* que el arte sólo es posible en sociedades que no sean ni ateas ni democráticas. Él lo lamenta, pero la verdad es que es así. Steiner no emplea la expresión «sociedades democráticas» como normal y equivocadamente se emplea hoy, como sinónimo de sociedades donde rige el imperio de la ley, sino en el sentido original de «igualitarias». En nuestra época, ¿dónde están los Bach, los Homero, los Velázquez?

Lo que yo he querido decir con el título —sin duda irónico, por otra parte— de mi libro *El siglo XX y otras calamidades*, es lo siguiente. El siglo XX, habiendo producido una serie de adelantos científicos y técnicos considerables, un aumento de la riqueza en el planeta todavía más impresionante, ha estado ya al borde de acabar con la civilización a secas, con cualquier tipo de civilización, con dos guerras mundiales terroríficas, con un experimento como el comunista, que fue atroz, y con el nacionalsocialista también, y todavía no sabemos adónde irá a parar… El hecho es que parece muy difícil compaginar los avances científicos con salvar, no ya la cultura, sino «las» culturas del planeta, incluso la supervivencia del géne-

ro humano; yo no veo, y confieso que le he dado a esto muchas vueltas, que el planeta pueda subsistir con el enorme nivel de consumo que implicaría la industrialización a escala global… Pero, por otro lado, ¿cómo vamos a negarles el derecho a vivir como la clase media occidental a mil y pico millones de chinos o a otros tantos millones de indios, paquistaníes o indonesios? ¿Cómo vamos a decirles: «¡No, nosotros vamos a vivir con aire acondicionado, con segunda residencia y con uno o dos coches por familia, pero ustedes no!»? Nos dirían: «¿Y por qué no?» Entonces, si ellos también se lanzan a la industrialización a ultranza, como parece ser que es lo que ansían, imagínate la que se puede armar. Ahí, por lo demás, tenemos el caso de China, que está creciendo al 10% desde hace veinticinco años.

Lo de menos es que suba el precio del petróleo. El recalentamiento global es una realidad, e irá a más. Yo veo muy difícil que se salve… no sé si la raza humana o el modo de vida occidental. Se ha dicho que probablemente el crecimiento vegetativo de la población mundial parará, pero lo que no va a parar es el ansia adquisitiva de todos los pobladores del planeta, cosa por lo demás natural. Es que tú y yo no querríamos vivir mal. Pero, sinceramente, ¿aguanta el planeta a 6 000 millones de personas, aunque se estabilice en esa cifra o vaya a más, incluso si se estabiliza en 6, 8 o 10 000 millones? En el fondo, eso es secundario. Lo malo no es el número, sino la forma de vida. Es legítimo (no sé si llamarlo así), claro que sí, ¿por qué no sería legítimo que se quisieran multiplicar, por ejemplo, las amebas, los microbios, las bacterias o las cucarachas? Que conste (no me gustaría que me acusaran de despreciar al género humano: pertenezco a él), simplemente creo que, hoy por hoy, somos el cáncer del planeta. No hay posibilidad humana de controlarnos a nosotros mismos.

Yo he sido siempre ardiente defensor de la hipocresía y de la censura. Sin fingimiento toda sociedad moderna sería invivible.

El comunismo fue una de las calamidades del siglo XX que se abatió sobre China (foto de arriba), pero el capitalismo salvaje que le ha sucedido, aunque permite que la existencia sea más vivible, no deja de ser otra calamidad (abajo, foto de Shanghai y sus rascacielos).

—Es «la especie degenerada» de la que habla Álvaro Mutis…, ¿no?

—Sí, en efecto.

Hilaire Belloc en las trincheras de la Primera Guerra Mundial.

Heidegger, uno de los escasos pensadores que redimen al siglo XX de su esterilidad.

Shakespeare, Quevedo o Dostoyevsky escribieron bajo la censura. Que yo sepa no escribieron peor que Terenci Moix.

Degeneración de la lengua

—Entre otras degeneraciones o entre otras calamidades está también la degeneración de la lengua. Al respecto, podríamos hablar un poco de lo que escribes en tu libro, recientemente aparecido, El guirigay nacional. *¿Por dónde lo enfocarías?*

—Yo creo que tiene varios enfoques. Se puede enfocar, por ejemplo, desde un punto de vista más cultural e incluso antropológico, porque al ser nuestra civilización una civilización de la imagen, la palabra ha perdido el peso que tenía hasta ahora. Hasta este momento, la comunicación se hacía con gestos o con palabras, pero ahora la imagen es tan fácil de usar para explicar o comunicarse… Cualquiera que haya intentado montar un mueble de Ikea con los diagramas habrá visto lo fácil que le resulta hacerlo. Decía, por el

Tropas francesas preparándose para el asalto en la carnicería que, entre 1914 y 1918, fue la primera gran guerra industrial.

contrario, Hilaire Belloc, el escritor inglés, muy polémico, a propósito del límite de las palabras: «Intenten ustedes, con palabras, sin gestos y sin dibujos, explicar cómo se hace un nudo, cualquier nudo, como la lazada del zapato. A ver». En cambio, con un dibujo o explicándolo, haciéndolo, es como se les enseña a los niños… Así es que yo no es que tenga una fe sin límites en el poder de la palabra, pero sí creo, primero, que la palabra nace ya siendo sagrada, y, segundo, que nace antes, probablemente, la expresión poética en rima que la prosa…

—No sé si sabías que Heidegger dice exactamente lo mismo…

—¿Lo dice? Y lo dicen todos los antropólogos, y por un motivo: porque incluso las instrucciones para ir de un punto a otro, en una geografía primitiva las recuerda uno mejor rimadas que sin rima, con rima se puede uno acordar. Por ejemplo: «Al llegar al cuarto árbol, se tuerce a la derecha »; si rima eso con «la mitad del camino está hecha», por poner un ejemplo, se puede recordar mucho mejor. Porque, además, esas rimas son sagradas, con lo que uno se acuerda de ellas con más vigor. Pasa igual con las crónicas. Ahí hay una idea que se ha mencionado mucho, a propósito de las civilizaciones arcaicas, y que un amigo mío que se llama Javier Gomá, un filósofo clasicista (lo aborda de una manera más clara cuando lo cuenta que cuando lo escribe), resume diciendo que hasta hace poco tiempo, dos mil o tres mil años, en las sociedades no sólo occidentales sino de cualquier sitio, los papeles importantes no estaban separados, es decir, que en la antigüedad hacía falta alguien que fuera a la vez rey, sacerdote, profeta, que curase…

«¡Ay de la religión o de la sociedad que no tiene imágenes! Una sociedad sin imágenes es una sociedad puritana. Una sociedad opresora del cuerpo y de la imaginación.»

Octavio Paz

De todo eso quedan ecos en la ceremonia del bautismo cristiano, donde el oficiante dice: «ahora compartes la dignidad de rey, sacerdote y profeta». Esa acumulación de papeles se ha roto, y eso produce una debilitación enorme de la fuerza del corazón, no sólo espiritual, sino psicológica en cuanto a la capacidad de resistencia del ser humano, porque pierde esos apoyos. Por eso en nuestras sociedades, a las que les ponen bombas en los trenes, se tambalean y se pueden caer; son enormemente más frágiles.

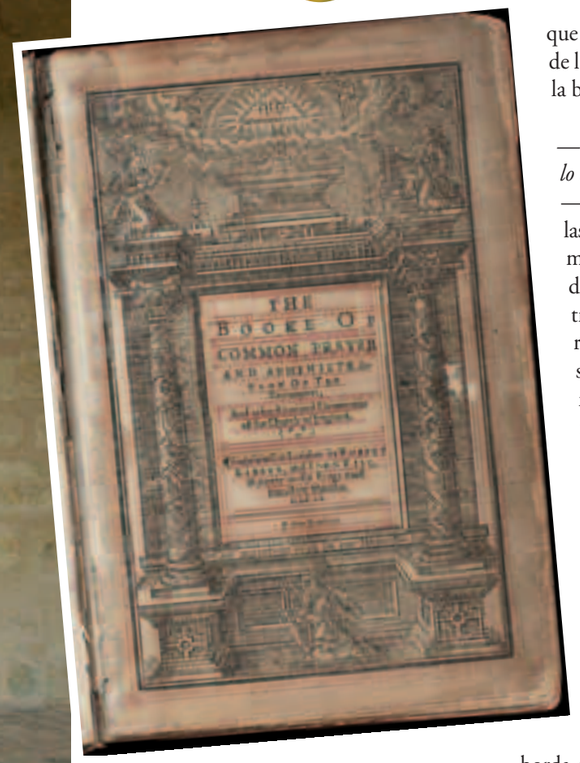
—Cambiando de tema, me gustaría hablar contigo también de tu novela El rompimiento de gloria*, aunque tampoco se puede decir que con ello se cambie mucho de tema, pues esta novela no deja de estar relacionada, por el aliento que la impulsa, con los otros dos libros de los que ya hemos hablado:* El siglo XX y otras calamidades *y* El guirigay nacional. *En* El rompimiento de gloria *hay, como tú mismo subrayas, un gran protagonista, que es la naturaleza, la cual aparece en forma de la sierra cercana a Madrid, la segoviana, y la de Gredos. ¿Qué sería para ti, aparte de este papel predominante de la naturaleza, lo más importante que se juega en esta novela, en la cual aparecen otros protagonistas aún más curiosos: dos dioses, hombre y mujer, nada más y nada menos? ¿Qué es lo que has intentado buscar en esta novela que, por tantos aspectos, constituye una auténtica obra maestra?*

—He intentado recordar para mí y compartir con mis lectores ese hecho decisivo, que estaba en la raíz de nuestra cultura y que hoy se encuentra ya desvanecido: la unión entre el hombre y la naturaleza —en respeto mutuo— y en un sentido sacro de la naturaleza. Lo cual acarrea otra cosa: el respeto a los hombres y a los dioses: las dos cosas que destruye la modernidad. Yo creo que la maldición, el desastre mayor del siglo XX, es la pérdida de la percepción de lo sagrado, su desvanecimiento. Y decir «lo sagrado» no significa necesariamente decir «lo divino», pues se trata de dos conceptos distintos aunque, sin duda, relacionados entre sí. Es un hecho, qué duda cabe, que se ha perdido el sentido de lo sagrado, tal como lo entendían Rudolf Otto y Mircea Eliade. Por eso, volviendo a la cita que te hacía antes de George Steiner, cabe recordar que no hay cultura ni arte —gran arte— sin una referencia a lo sagrado, como tampoco hay dignidad del hombre que no le venga dada por una referencia de lo sagrado.

Insisto: «lo sagrado», y no necesariamente lo divino, aunque es difícil concebirlo por sí solo… ¡Mira!, hay otra cosa que no he mencionado en ningún ensayo, porque todavía no he tenido ocasión, y se trata de una cita curiosísima de un inglés de los años treinta llamado Christopher Dawson. Este pensador, converso a la fe católica, se irritaba mucho cuando oía decir que el nacionalsocialismo y el comunismo eran doctrinas modernas pero paganas. ¡Ojalá! —exclamaba— porque el paganismo está lleno de espiritualidad, mientras que el nacionalsocialismo y el comunismo están totalmente vacíos de espiritualidad. Ése es el gran daño, y por eso son perversas esas dos doctrinas. Pero lo grave es que no sólo el comunismo y el nacionalsocialismo, que están… espero que desaparecidos, pero puede que tan sólo se encuentren en eclipse; lo grave, decía, es que no sólo ellos, sino que el laicismo rousseauniano descafeinado de hoy (no voy a mencionar nombres, pero, en fin, los vemos a diario) también está tan apartado de la noción de lo sagrado que da hambre y sed al ser humano.

Con la mirada perdida en el vacío, ¿llegaría alguna vez Hitler a intuir algo de la calamidad que se estaba fraguando?

En los personajes de mi novela hay otra cosa en sus raíces, algo que los alimenta. Son, si te fijas, aparte de los dos dioses o semidioses (la verdad es que no se los ve muertos nunca), gente que busca, pero todos, incluido el rojo, como él se llamaba a sí mismo, y los dos semidioses, el alemán, militar, todos son conscientes de algo que está en la naturaleza y en el arte, que es sagrado. No es que yo quisiera con esta novela demostrar nada —no es una novela de tesis—; salió así por amor…, por amor a la naturaleza, por amor a ciertas artes, por amor a los personajes también. El resultado es que a fin de cuentas lo que intento, lo que se puede sacar de esa novela —aparte de lo principal, que yo espero que la gente tenga ganas de pasar las hojas y ver lo que va ocurrir, porque eso es una novela, si no es un ensayo— es un fondo que yo confío en que la gente encuentre. Se puede ser de izquierdas, de derechas, de centro; se puede ser comunista, cristiano; se puede ser nietzscheano; se puede ser lo que sea… Se puede, con todo eso, tener un sentido de comunión con la naturaleza y con nuestra cultura; se puede. Lo malo de nuestra civilización moderna, por llamarla de alguna manera, es que ninguno de



La belleza y lo sagrado en los templos (abadía de Royaumont, cerca de Paris) y la literatura.
A la derecha, *The Book of Common Prayer*.
A la izquierda, la Biblia en la versión del Rey Jaime.

los que marcan las opiniones de hoy, sean de izquierdas, de derechas o del centro, lo ve así. Y ésa es la decadencia, creo yo.

—Me parece absolutamente clave esta distinción que estableces entre lo sagrado y lo divino. No voy a entrar en ello porque nos iríamos demasiado lejos; pero sí quisiera preguntarte al menos lo siguiente. En este desvanecimiento de lo sagrado, que caracteriza a nuestra época, ¿no crees que hay también una responsabilidad importante por parte de las Iglesias, y en particular de la católica, sobre todo a partir de la deriva del Vaticano II, y ya no digamos del protestantismo?

—Desde luego. Un amigo mío, muy creyente, católico, pero muy consciente de este empobrecimiento espiritual de nuestra época, dice que uno de los motivos es que está casi olvidada una de las tres vías de acercamiento a Dios según los cristianos; la que llaman *via pulchritudinis* —la vía de la belleza— (puesto que se supone que Dios —el de los cristianos— es sumo bien, suma verdad y suma belleza). Pero no estaba postergada la vía pulchritudinis antes, ni en la Iglesia católica, ni en las Iglesias protestantes, ni por supuesto en la Iglesia ortodoxa oriental, ni en las comunidades no cristianas. La belleza siempre fue importantísima; sin embargo, se ha olvidado. Por ello, una amiga mía habla del «cuplé católico», de esta música espantosa que ha reemplazado al canto gregoriano, y eso ocurre cuando precisamente lo más fácil hoy es reproducir la mejor música, desde que se inventó el fonógrafo y ya no digamos las nuevas formas de reproducción musical. Es verdad que el canto debe ser coral, porque de lo contrario no hay manera de unir a los fieles; pero es que eso sigue siendo posible. En España es donde más lejos se ha ido en afear, en volver feísimo, cursi, el arte religioso. Pero, en fin, lo mismo ha sucedido también en otros sitios, como por ejemplo en Inglaterra, donde la Iglesia anglicana ha destruido la infinita belleza del lenguaje del libro que se llama *The book of common prayer* [El libro de plegaria común] y la Biblia de la versión del Rey Jaime, que eran monumentos estilísticos del siglo XVII de una belleza extraordinaria. Se han empeñado en hacer nuevas traducciones feísimas, que han eliminado la belleza. Recuerdo que hubo un manifiesto en Inglaterra firmado por diversas personas, muchas de las cuales se declaraban agnósticas, en el que decían: «Nos oponemos a la destrucción de este patrimonio lingüístico (era cuando empezaban a reformar la liturgia anglicana), porque hay toda una mayoría de la nación británica cuyo único contacto con la belleza se efectúa a través de la liturgia». No es que se tratara de un contacto entre otros, sino que en toda su vida sólo a través de la liturgia tenían contacto con la belleza.

> ***El arte sólo es posible en sociedades que no sean ni ateas ni democráticas.***

> ***Nuestra sociedad no cree en la belleza, renuncia a ella, y produce un arte esencialmente feo.***

—Con las sociedades católicas es lo mismo…

—Igual, lo que pasa es que en las poblaciones católicas se usaba mucho el latín, que no entendía casi nadie, aunque podía transmitir la belleza del mysterium tremendum, y luego, eso sí, había la belleza plástica, mucho más abundante en las iglesias católicas que en la protestantes, con toda su grandísima hermosura arquitectónica y pictórica. También en eso, en la belleza plástica y la arquitectónica, nos han desanimado a seguir emocionándonos. Es como si, siendo dueños de un patrimonio inmenso, repleto de belleza, renunciáramos a él y la Iglesia lo echara por la borda a cambio de nada. Es verdad que la Iglesia reaccionó ante esta deriva hace tiempo, pero ya es muy difícil recuperar lo perdido.

—Sueles decir eso, que es difícil o imposible recuperar lo perdido. ¿Por qué, entonces, te declaras liberal reaccionario, si crees que reaccionar no sirve de nada?

—Es que sí creo que sirve, al menos para una cosa, para quedarse uno tranquilo de haber hecho lo que estaba en su mano, diciéndose a sí mismo en voz baja «por mí que no quede». Y además… ¿quién sabe si no pasará como con las copias y glosas hechas por los monjes en sus escritorios, que salvaron mucha sabiduría y mucha hermosura en tiempos sombríos y azarosos? ●

Santiago de Mora-Figueroa, Marqués de Tamarón. Escritor y diplomático. Ha sido embajador de España en países como Francia, Canadá y Gran Bretaña. Dirigió el Instituto Cervantes entre 1996 y 1999. Su último libro publicado es *el Guirigay nacional* (Áltera), una recopilación de sus artículos sobre el idioma en el diario *ABC*.

Arcadi Espada

Pim Fortuyn: un héroe europeo

Pim Fortuyn va a ganar las elecciones holandesas que se celebran este miércoles [22 de noviembre de 2006].[1] Es verdad que lleva muerto algunos años: lo asesinó un fundamentalista de izquierdas, vegetariano y animalista. Pero si se unen los programas de todos los partidos políticos (y fundamentalmente el de socialistas y liberales), la imagen resultante da el rostro amable, dandi y un punto escéptico de Pim […].

Hace ocho años, Fortuyn publicó un libro maldito: *Contra la islamización de nuestra cultura*. En él alertaba contra una evidencia, que era por entonces invisible: el retroceso en las libertades que suponía la práctica del relativismo cultural. En ciertos ambientes, llevar el libro de Fortuyn en las manos era un estigma, y suponía una pronta acusación de connivencia con la extrema derecha; acusación que es la primera que se le ocurre siempre a la pueblerina estupidez universal. Pero lo cierto es que ahora el Gobierno holandés estudia prohibir la burka en el espacio público y los matrimonios de conveniencia. Por poner dos ejemplos.

Pym Fortuyn: «El país está a tope. Creo que dieciséis millones de holandeses son suficientes». Fue asesinado el 6 de mayo de 2002.
Abajo: Geert Wilder, «heredero» de Pim Fortuyn.

Sin embargo, lo más importante de la herencia de Fortuyn tiene que ver más con la propia sociedad holandesa o europea que con los inmigrantes, islámicos o no. Fortuyn acabó de raíz con la rutina establecida en la política, según la cual había que limitar el debate social a unos pocos y consensuados asuntos. Su irrupción trastocó la agenda política, cerrada con lustros de anticipación. Era un hombre brillante y sagaz, y valiente, que no solía perder la calma. Una vez, a un imán que le acusaba de despreciar a los musulmanes, supo contestarle: «Todo lo contrario. Yo he tenido varios amantes musulmanes.»

Su programa político pilló a contrapié a la clase política tradicional holandesa. Tenía cuatro puntos: solucionar los atascos de tráfico, conseguir la puntualidad de los trenes, acabar con las listas de espera sanitarias y con la importación de esposos o esposas. Fue la gran revolución de los asuntos concretos. […]

El recuerdo de Pim Fortuyn, y la subasta de su herencia, provoca una verificable mala conciencia en muchos holandeses. A mi juicio habrá que recordarlo como un gran héroe práctico europeo. El primero de nuestros modernos que, en nombre de Europa, se alzó contra su deriva. ●

Publicado el 21 de noviembre de 2006 en el blog de Arcadi Espada: http://www.arcadi.espasa.com/php_built/001370.php

1. Por lo que respecta a la aritmética parlamentaria, las elecciones las ganó el partido democristiano (CDA), mientras que el Partido para la Libertad (PvdV) obtenía nueve escaños. Su líder Geert Wilders está amenazado de muerte por los islamistas y se le considera el heredero de las ideas de Pim Fortuyn.

El político que probó su medicina

Un día, un dirigente de un importante partido político muere atropellado por un camión. Su alma llega al Paraíso y se encuentra en la entrada a San Pedro. «Bienvenido al Paraíso —le dice éste—. Antes de que te acomodes, te tengo que comunicar un problema. Verás, muy raramente un político ha llegado aquí y no estamos seguros de qué hacer contigo. Se nos ha ocurrido que pases un día en el Infierno y otro en el Paraíso, y luego elijas dónde pasar la eternidad». Dicho esto, San Pedro acompaña al político al ascensor que le lleva hasta el Infierno.

Las puertas se abren y se encuentra en medio de un verde campo de golf. A lo lejos hay un club y de pie, delante de él, están todos sus amigos políticos con los que había trabajado, vestidos todos con traje de noche y muy contentos. Corren a saludarlo, lo abrazan y recuerdan los buenos tiempos en los que se enriquecían con los constructores.

Juegan una partida de golf y luego, por la noche, cenan langosta en el restaurante del club. Después comparten la noche con hermosísimas y procaces jovencitas.

Se encuentra también al Diablo, que se descubre como un tipo muy simpático y se divierte mucho contando chistes y bailando. Se está divirtiendo tanto que, antes de que se dé cuenta, es ya hora de irse. Todos le dan un apretón de manos y lo saludan mientras sube al ascensor.

El ascensor sube hasta lo más alto, reabriéndose la puerta del Paraíso, donde San Pedro lo está esperando. «Ahora es el momento de pasar al Paraíso», le dice. Así que el político (inescrupuloso, ciertamente), pasa el día siguiente volando de nube en nube, tocando el arpa y cantando.

Al final, San Pedro le va a buscar para preguntarle: «Ya has pasado un día en el Infierno y otro en el Paraíso. Ahora debes elegir tu eternidad».

El hombre reflexiona un momento y luego responde:

—Bueno, el Paraíso ha sido precioso, pero creo que he estado mejor en el Infierno.

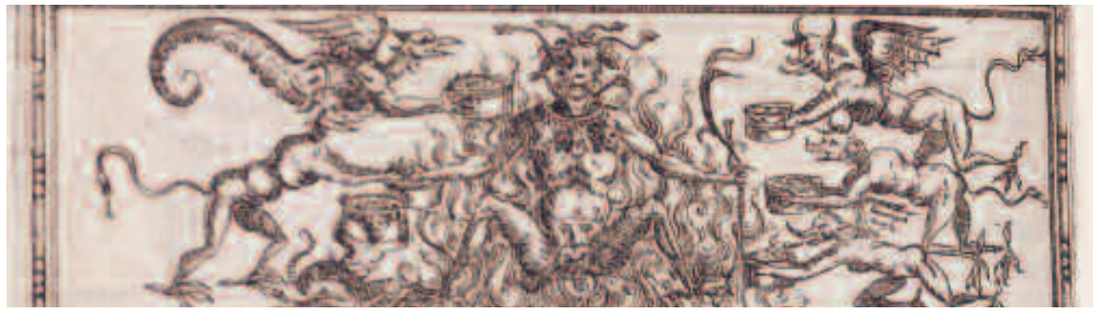
Así que San Pedro lo acompaña hasta el ascensor y otra vez baja, baja, baja, hasta el Infierno. Al abrirse las puertas se encuentra en medio de una tierra desierta cubierta de excrementos y desperdicios. Todos sus amigos van vestidos con trapos, y se dedican a recoger los desperdicios y meterlos en bolsas negras. El Diablo lo alcanza y le pone un brazo en el cuello.

—No lo entiendo —balbucea el político—. Ayer estuve aquí y había mujeres, un campo de golf y un club. Comimos langosta, bailamos y nos divertimos con hermosísimas jovencitas. Ahora sólo hay un desierto cubierto de basura y mis amigos parecen unos miserables.

El Diablo lo mira, sonríe y le dice:

—Ayer estábamos en campaña electoral. Hoy… ¡ya votaste por nosotros. ●

Visiones clasicas del Infierno y del Diablo



Entrevista con Jacques Heers

Los árabes no salvaron la cultura griega

Balbino Katz

Uno de los tópicos más arraigados sobre la Edad Media es que, gracias a los árabes, la Europa de la época se pudo recuperar de las tinieblas en las que había caído y recuperar los vínculos con la cultura griega. El gran historiador francés Jacques Heers nos explica por qué es éste uno de los numerosos infundios vertidos sobre la Edad Media.

—¿Es cierto que Occidente tuvo que esperar a los árabes para restablecer el vínculo con el patrimonio filosófico de la Antigüedad?

—¡En absoluto! ¡Ni con el patrimonio filosófico, ni con el literario, ni con nada! Este tipo de ideas procede, en Francia, de un sistema que privilegia sorprendentemente todo lo que es oriental y exótico. El mero hecho de hablar de árabes ya es un error. En los países de cultura islámica, los árabes cultos son menos numerosos que los persas, los egipcios o los cristianos de Siria o Irak. Se ha de saber que la mayor parte de los textos griegos se tradujeron primero a la lengua siriaca (habla aramea de la ciudad de Edesa). No cabe duda de que los árabes estudiaron mucho menos a los autores antiguos que los cristianos. Los occidentales no necesitaban su contribución, puesto que en sus países ya disponían de los fondos de textos latinos y griegos, recogidos durante el Imperio romano y dejados en tales países. El historiador tiene que afirmar con toda claridad que, en la Edad Media, no se rompió con el patrimonio de la Antigüedad. Sobre todo si se considera que el Imperio bizantino era el auténtico depositario de toda la cultura griega antigua… Pero cuando se evoca la fábula que comentamos, se tiende a menudo a borrar a Bizancio de la historia.

Una de las puertas de Jerusalén, por donde pasaban los peregrinos a Tierra Santa

Una foto de Estambul retocada para reencontrar la ciudad tal como podía presentarse en la época de la Bizancio imperial.

—¿Por qué?

—Resulta tan práctico… Y además, hablando más en serio, conviene evocar la vieja hostilidad entre Occidente y Oriente. Ahora bien, es absolutamente indispensable recordar que fue a Bizancio adonde se dirigieron los hombres cultos de Europa para perfeccionar su conocimiento de la Antigüedad. Las peregrinaciones a Tierra Santa, los viajes a Constantinopla o los concilios ecuménicos constituían poderosos vínculos intelectuales entre ambos mundos.

—¿Cuáles son los grandes centros culturales durante la Edad Media?

—Muy pocas veces son árabes. Es algo de lo que no cabe duda, dígase lo que se diga. Bagdad, por ejemplo, es un faro cultural de la Edad Media…, pero ahí no había árabes. Y muy a menudo su población todavía era cristiana; los relatos de viajes eran obra de kabilos, o bien de españoles musulmanes. Se pueden citar otros centros culturales tan fundamentales como Salónica o Atos y —debería ser obvio— Constantinopla. Si en Occidente no se encuentran nombres tan brillantes y simbólicos de la riqueza cultural, se debe simplemente a que los vectores de difusión son más pequeños, pero más numerosos: se trata de redes de monasterios, donde los monjes copian obras conservadas en Occidente o descubiertas en el Imperio bizantino. Ciertos publicistas, escritores, periodistas e ideólogos quisieran hacernos creer las mayores estupideces, y pintan a los monjes como ignorantes copistas que echan al fuego valiosos manuscritos de los que no podían comprender nada. Y, sin embargo, no hay un solo testimonio—¡ni uno!— que haya hablado de alguna biblioteca devorada por las llamas inquisidoras o que haya contado la historia de fanáticos que con demacrado gesto se dedicaban a devastar obras profanas. Se habla, por el contrario, de monasterios en los que se reunían grandes fondos de textos antiguos, no todos los cuales, por lo demás, eran religiosos.

> *Era a Bizancio adonde se dirigían los hombres cultos de Europa para perfeccionar su conocimiento de la Antigüedad.*

Ahora bien, para no caer en las caricaturas de signo opuestos, tampoco se tiene que pensar que los árabes no tenían ningún centro cultural. No se trata de decir que no hicieron nada, sino de explicar que no fueron en absoluto mayoritarios en la historia cultural de la época y que casi nada tuvieron que ver con la preservación del patrimonio antiguo en Occidente.

—Pero entonces, ¿cuál es la historiografía de esta pretendida historia de la cultura griega salvada por el islam árabe?

—Pues bien, se remonta en primer lugar al romanticismo del siglo XIX, al anticlericalismo… Pero sobre todo a la atracción ejercida por Oriente y que entre nosotros se da desde hace mucho tiempo. Sin olvidar, por supuesto, una historiografía de inspiración anticolonialista, cercana a una concepción de los Derechos Humanos a menudo mal interpretada y

que conoció su máximo esplendor en la década de los setenta. En la actualidad hay que ver en ello, a mi juicio, un cierto masoquismo, un idealismo iconoclasta que adora todo lo que no es nuestro… Una adoración irracional de lo Otro, en una palabra. Sucede algo parecido cuando se intenta idealizar el pasado precolonial o, por el contrario, el período en que España estuvo invadida por los moros…

—Hablando de esto, ¿podría hablarnos de la especificidad de Al-Andalus en la España musulmana?

—Por supuesto, pero partamos de una base sana: la famosa mezcla de culturas es una fábula. Sólo existió de forma episódica durante un breve período, cuando la unidad de Al-Andalus (como se denomina a la España musulmana) se hizo pedazos bajo el peso de las tensiones internas y se transformó en reinos de taifas. A partir de entonces los príncipes tuvieron necesidad de la neutralidad de los *dhimmis* (protectorados) judíos y cristianos, de forma que disminuyó su presión sobre estas comunidades. A veces hubo, por consiguiente, convivencia pacífica y hasta existieron relaciones diplomáticas o vínculos interreligiosos o intercomunitarios. Pienso, por ejemplo, cuando en las postrimerías del Reino de Granada los sultanes pidieron ayuda a los mercaderes cristianos de Al-Andalus. En lo que atañe a las aportaciones culturales, también cabe destacar que numerosos grandes intelectuales eran cristianos, españoles o beréberes. Pero no olvidemos que el patrimonio de Al-Andalus procede en gran parte de la España visigótica: los monasterios como Dumio, en los alrededores de Braga, o El Agaliense, cerca de Toledo; las escuelas episcopales como Sevilla, Tarragona o Toledo; pero también los reyes y los nobles españoles recogían gran cantidad de libros antiguos para sus bibliotecas. Aquella España servía de enlace en la ruta marítima hacia Armórica (la región costera del noroeste de Francia) e Irlanda.

Cuando llegaron a Francia los textos árabes de Aristóteles, se rechazaron porque sus traducciones no eran correctas.

Minarete de una de las grandes mezquitas de Bagdad a comienzos del siglo XX

Los árabes casi nada tuvieron que ver con la preservación del patrimonio clásico en Europa.

El paisaje de la descomposicion

—¿De qué modo se mantuvo en Occidente la cultura griega?

—Simplemente a través de las redes de monasterios, pero también gracias a las escuelas catedralicias, lo cual es menos conocido. El papado también contribuyó, por supuesto, a preservar esta cultura. Pero hay que recalcarlo una vez más: no hubo ningún gran centro cultural en ninguna gran ciudad. Por lo demás, los visigodos iban a formarse a Constantinopla, y los judíos a Mesopotamia. Quisiera, además, abordar otro factor de la presencia cultural griega en Occidente. Se trata de la aportación, que a veces se desdeña demasiado, de los mercaderes, especialmente italianos. ¿Cómo se imagina al mercader? Generalmente se cede a la caricatura, a la clasificación. Los letrados son cultos, pero no tienen ninguna aptitud para el comercio…

—…el caballero golpea mucho y duro…

—… ¡y el mercader es un cretino obnubilado por la codicia! En resumen, tal es la visión que nos ofrecen las visiones someras. La realidad es muy distinta. Algunos mercaderes eran grandes intelectuales, a veces nobles, apasionados por la cultura clásica, la literatura, la teología y los idiomas. Pienso, por ejemplo, en uno de aquellos mercaderes de Pisa que, habiendo vivido veinte años en Constantinopla, aprendió por supuesto el griego, pero no se limitó a su versión vernácula; cuando regresó a Pisa, se llevó consigo cuarenta cajas de libros… ¡todos los cuales se dedicó a traducir! Gracias a estos mercaderes, la cultura griega estaba presente en Occidente desde antes de la caída de Constantinopla. Es algo que generalmente se ignora.

El profesor Jacques Heers en su escritorio.

Caballeros cristianos combatiendo a musulmanes en Tierra Santa.

—Se ha reprochado a los monjes copistas haber ignorado y dejado que se olvidara una parte de la cultura antigua. ¿No se debe, por el contrario, considerar su labor como una selección o, más bien, como una depuración que se derivaba de exigencias coyunturales impuestas por una época que no conocía la imprenta? Por así decirlo, era como tener que escoger entre preservar una obra de arte o una mamarrachada.

—Sí, es efectivamente de una selección de lo que se trata. Debería ser obvio para todo el mundo. Se trata de una selección que efectuó, desde luego, ligeras modificaciones, pero preservando plenamente el espíritu de las obras. En cambio, cuando los árabes se apoderaron de obras literarias, ¡transformaron los mensajes que no les convenían! Destruyeron o manipularon toda la filosofía que no se adecuaba al Corán. El ejemplo más célebre es el de la traducción de Aristóteles, filósofo que ya era conocido en Occidente antes de la llegada del islam. Cuando se conocieron en Francia los textos árabes de Aristóteles… ¡fueron rechazados por la universidad de la Sorbona porque no eran correctos!

—¿Por qué?

—Estaban un poquitín demasiado en concordancia con el Corán… Los cristianos tenían la costumbre de criticar los textos, a veces incluso los condenaban severamente. Pero, salvo excepción, nunca llegaron a deformarlos. Sin embargo, insisto de nuevo: no se trata en ningún modo de decir que la civilización árabe-musulmana era mediocre o destructora. Pero, para contestar a la pregunta precisa sobre la preservación de la cultura antigua de Occidente por parte de los árabes, hay que decirlo con toda claridad: es una fábula. ●

Jacques Heers es un famoso medievalista francés, entre cuyas principales obras traducidas al español cabe citar: *La invención de la Edad Media, Carnavales y fiestas de locos, La primera cruzada, Los berberiscos y Marco Polo.*

DARDOS CONTRA LA TIERRA

Problema de matemáticas gélidas

Si el Ártico pierde un 14% de su hielo en un año, ¿cuándo competirá Groenlandia con Benidorm?

La NASA afirma que esa superficie se ha reducido en 740 000 kilómetros cuadrados. El hielo perenne del Ártico se redujo en un 14% entre 2004 y 2005, al perder 720 000 km^2, una superficie superior a la Península Ibérica, según datos de la NASA.

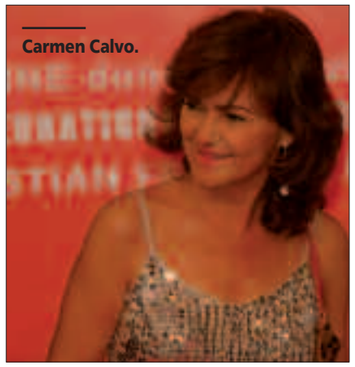
Según el Laboratorio de Propulsión a Chorro, la pérdida del hielo perenne, que debiera mantenerse durante todo el verano, fue todavía mayor y se acercó a un 50% en el momento en que ese hielo se desplazaba desde el Ártico oriental hacia el oeste. Los investigadores señalan que, si se mantiene esta disminución del hielo, el mar circundante aumentará su temperatura, lo que acelerará el deshielo estival que, a su vez, reducirá aún más la capa de hielo ártico.

No obstante, han advertido de que estos cambios todavía no están bien comprendidos y persisten muchos interrogantes. «Es vital que mantengamos una vigilancia estrecha sobre esta región, mediante satélites y datos aportados.»

El hielo perenne del Ártico se redujo en un 14% entre 2004 y 2005, al perder 720 000 km^2, una superficie superior a la Península Ibérica.

DARDOS CONTRA EL ESPÍRITU

Los ideales de la ministra de Cultura



Carmen Calvo.

Carmen Calvo, ministra de «Cultura», y aficionada al rock extremo felicitó por sus «ideales» a Lujuria, un conocido grupo de *heavy*. Entre sus títulos figuran discos como *República popular del coito* o canciones como *Ninfomanía, Estrella del Porno, Joda a quien joda, La Gorda o María Martillo* (una Santa). La ministra afirmó cartearse con la banda segoviana, a cuyos integrantes escribió: «Ánimo, chicos, hay que seguir teniendo ideales».

Multas a las madres amas de casa

En Holanda, una diputada laborista, Sharon Dijksman, ha propuesto multar a las mujeres con título universitario que, en vez de trabajar, opten por ser madres y amas de casa. Repetimos: si tú, cariño, eres licenciada y rehúsas trabajar por cuenta ajena, porque prefieres dedicarte a tu casa, en Holanda te podrían multar. Porque un talento que no se ponga al servicio del sistema —dice la diputada— es un desperdicio, y eso debe ser castigado. Curiosamente, la señora Dijksman estima que criar hijos no es un servicio a la comunidad.

Molinos y niños, ¿especies en vías de desaparición en Holanda?

Más allá de las tentaciones de la hegemonía

Los desafíos de la política cultural

Salvatore Santangelo

Si se desea cambiar o influir en los procesos políticos y económicos que se desarrollan en el mundo globalizado es preciso elaborar una política cultural. El italiano Santangelo estudia la situación de los intelectuales de derechas y expone sus propuestas: unidad de acción y claridad de ideas. El traductor del texto, Pascual Tamburri, añade unas apostillas españolas en las que avisa del áspero trabajo que espera a los nuevos paladines.

QUIEN quiera intervenir concretamente en la realidad con el fin de tomar parte de algún modo en la articulación de los grandes procesos no puede eximirse de definir los caracteres de una nueva política cultural o, mejor dicho, de una nueva política para la cultura; subrayar la prioridad de la cultura es en efecto indispensable para la elaboración de cualquier proyecto que se ponga como objetivo intervenir en profundidad en las dinámicas de la sociedad en su complejidad. En otro caso, si nos contentamos con una mera gestión tecnocrática, el riesgo es encontrarnos en una situación como la española, donde ocho años de Gobierno de centro-derecha no han tenido fuerza para invertir los fenómenos degenerativos de la sociedad.

Esto no significa tener una visión totalitaria ni sufrir la fascinación de ningún proyecto de ingeniería social, sino tener la capacidad de afirmar una dimensión de la política articulada sobre principios, en la cual los principios no sean una jaula rígida. Sin moralismos y sin recurrir a lógicas puritanas, tenemos que ofrecer puntos de referencia fuertes en condiciones de desencadenar grandes energías y de movilizar talentos para construir un nuevo camino para nuestra Patria. Si queremos razonarlo en términos sociológicos, esta opción por los principios introduce de hecho energías positivas en el cuerpo social, desafiando la entropía generada por las dinámicas actuales.

Por tanto, los principios deberían ser los polos de tensión de nuestra acción política y cultural: es preciso embeber en ellos la dimensión activa de la política, y generar tensión respecto a ellos; todo esto sin condenar a las penas del Infierno a quien no consiga alcanzar el ideal y sin adoptar frente a él una actitud moralista.

La política cultural como marketing: el Gugenheim de Bilbao (arriba).

Decadencia: El Volcán (a la izquierda), el Centro Cultural de la ciudad de Le Hâvre en Francia: el fruto de la política voluntarista en el ámbito cultural promovida por el gobierno francés e impulsada por el escritor y ministro André Malraux.

Alergia a las redes y los grupos

Para hacer esto no podemos dejar de reflexionar sobre el valor y el papel del intelectual dentro de nuestras sociedades. Cristopher Emsden, recordando la figura de Marco Biagi (el trabajo del intelectual puede también ser peligroso si se tocan algunos asuntos decisivos de nuestra época, y hoy el trabajo constituye con certeza la vanguardia de toda elaboración político y cultural): « En el sentido normal de la palabra, un intelectual es una persona que tiene que ver con las ideas y que puede también cambiar de ideas. Y en el sentido en el que hoy se emplea en la prensa italiana se refiere sólo a personajes célebres que han obtenido una reputación cultural y son fieles a una retórica altisonante, presentada como muy refinada por parte de la vulgata de izquierdas». Esta última «clase» intelectual es la que ha crecido y ha obtenido renombre gracias a la costumbre de las cuotas políticas en las instituciones culturales. Son los mismos intelectuales a los que hemos visto expresar en los corrillos cerrados de

> *Los principios deben de ser los polos de tensión de nuestra acción política y cultural.*

la izquierda un maximalismo mayor incluso que el de sus representantes políticos, que al menos en parte habían reconocido el entonces clarísimo resultado electoral. También por esto es preciso rechazar la imagen de corrillos cerrados de derechas, pero a la vez hay que preguntarse por qué los intelectuales de derechas o representantes de las profesiones liberales nunca han tenido fuerza como para hacerse sentir en la batalla política.

Tal vez sea porque sus – nuestras- simpatías políticas siguen siendo un hecho individual. Nos falta la capacidad de crear redes. Al mismo tiempo hay que reflexionar sobre el hecho de que en un sistema bipolar, basado en la creación de dos amplias zonas políticas homogéneas, existen dos tipos de intelectuales, los orgánicos y los inorgánicos.

Los primeros ven su propio trabajo organizado en el seno de Fundaciones y de Centros de Estudios (donde se dedican a preparar propuestas políticas y a dar forma a programas creíbles – en el bipolarismo el programa importa más que la identidad); los segundos trabajan en las Universidades y en los periódicos «no alineados». Estos últimos son los que de hecho consiguen ejercer mayor influencia y los que tienen mayor peso en el voto de opinión, que es el determinante para mover el péndulo de las mayorías de gobierno. Precisamente con éstos tenemos que intentar aliarnos, proponiendo como consigna la lucha contra el monoculturalismo y contra la sumisión a la lógica del «pensamiento único» de cualquier tipo (un nuevo tipo de universalismo, tanto más insidioso porque se presenta como «neutro» o «posideológico», que genera un control inmaterial o *soft power).* Tenemos que defender juntos la posibilidad de elección entre culturas diferentes. Objetivo (libertario) de una derecha como la italiana, que en su larga y difícil historia ha tenido que pagar un alto precio por la «libertad», debe ser precisamente romper toda forma de censura cultural. Eso será posible si se crean los presupuestos de un pluralismo cultural real que, a través de los medios de comunicación, penetre también en la dimensión de la comunicación y de la sensibilidad popular.

Todavía a finales del siglo XIX estaba hondamente arraigado el sentimiento de pertenecer a una comunidad histórica, a una nación. En la foto, de 1890, un grupo de cadetes de Cuba.

En la página siguiente, una alegoría patriótica impresa en Cuba en el mismo año 1898 en que fue perdida por España. Aunque se adaptaran a los vestidos o estilos actuales, ambas imágenes serían hoy impublicables.

Hay que preguntarse por qué los intelectuales de derecha no se han hecho sentir en la batalla política.

Para el crecimiento de nuestro pueblo no se puede prescindir de la ruptura de todos los monopolios, y en particular del monopolio cultural, construido en gran medida sobre presupuestos, ahora estériles y artificiales, que han ejercido y siguen ejerciendo una acción de freno sobre las posibilidades creativas reales de la comunidad nacional, que son fundamentales para luchar ante un desafío global.

Nación y pueblo frente a la globalización

De hecho, la lección más clara que nos llega del escenario despiadado de la economía globalizada es que los Sistemas-País más eficaces y victoriosos son los que más intensa, radical y arraigadamente cimentan su «virtud» competitiva (y la alimentan) en su patrimonio genético, en su historia, en la historia de su tierra y de las «personas», individuales y colectivas, que la pueblan. En otros términos, el horizonte significativo en el cual los Sistemas-País encuadran el sistema de inteligencias, experiencias y competencias que los hace mejores es exquisitamente comunitario. Después de casi dos décadas de individualismo desenfrenado, las necesidades colectivas de naturaleza ya no masificante, sino identitaria —como la afirmación de formas comunitarias o el retorno a la Patria—, predominan hoy sobre las individuales, tanto para combatir los impulsos disgregadores que trabajan para romper la unidad nacional como para detener los procesos de homologación cultural que ponen en peligro la identidad nacional.

A diferencia del liberalismo, la derecha no cree que las libertades individuales sean el fin último de la política.

Haciendo un juego de palabras, el lema debe ser el de las tres «T» (tecnología, talento y tolerancia) que debemos emplear para crear el capital social del que tenemos necesidad y para poner los cimientos de un sistema social que pueda poner en marcha las mejores energías económicas y culturales. ¿Por qué no intentar difundir estilos aristocráticos en amplios sectores de la comunidad, demostrando la capacidad de conseguir que la dimensión social no sólo se manifieste para pedir derechos, oportunidades y participación, sino también para intentar socializar valores y hacerlos permanentes, vividos y compartidos? De esa manera se podrían movilizar los tres sectores sobre los que se construya la acción política: el ámbito comunitario, el ámbito movimentista y el ámbito institucional.

El ámbito comunitario es el lugar de los principios, del crecimiento, de la cohesión, de la construcción de identidades que superan al individuo (salvándolo de las manifestaciones ideológicas y prácticas de un individualismo exasperado que se difunde a nivel de masa y que implica estilos y conductas en la vida cotidiana). El ámbito institucional es el lugar de las decisiones, de la participación, pero también de las posibles mediaciones. El elemento movimentista es el conjunto de corrientes y de energías que implican a todo el pueblo o a grandes capas del mismo: redes que se difunden en el teji-

Arriba: la bolsa de Wall Street.
Ahí se originó la gran crisis económica de 1929.

A la derecha: la crisis del nuevo orden económico mundial.

do social como efecto de ideas fuertes y de mitos, que a su vez transmiten una plusvalía de los ámbitos comunitarios y a los institucionales. En suma, es preciso proponerse construir una pluralidad de dimensiones a fin de no provocar reacciones de marginación y de hostilidad, de miedo y de defensa.

Además, en la era de la globalización se deben conservar precisas referencias territoriales, no sólo en lo físico, no sólo como elemento puramente material, sino como sustrato, componente inseparable de las mentalidades individuales y colectivas, del modo de vivir: en una palabra, de la cultura. Una de las vertientes que de hecho distingue la derecha de la cultura liberal es no poner en duda las libertades del individuo, sino ser críticos sobre el hecho de que tales libertades sean el fin último de la política. Al contrario, el fin último sigue siendo la capacidad de definir los grandes temas en cuyo ámbito una Nación (la comunidad más vasta, en la que se integran las dimensiones espirituales, morales y materiales de un pueblo) se reencuentra, y a través de los cuales, en el proyecto, regenera continuamente su propia identidad. Éste es el territorio que hay que conquistar, ésta es la elección que hay que dirimir. Así como, en el tiempo de la pre-modernidad, lo fue el territorio «aparentemente» virgen de la naturaleza, con sus ignotos designios, con sus oscilaciones de vida y de muerte, con sus construcciones y sus catástrofes. Con las formas de poder hechas posibles por su «manipulación».

La resistencia contra los enemigos de las libertades, la belleza y la verdad no puede revestirse de ropajes totalitarios.

La historia demuestra que los cambios más duraderos no tienen lugar en los períodos de expansión económica (años veinte y noventa) sino en los períodos de crisis y de incertidumbre (años treinta y hoy). Nuestra tarea tendrá que ser construir nuevas fórmulas de cohesión social apropiadas a nuestro tiempo para perseguir una visión comunitaria capaz de generar un futuro mejor y más próspero. ●

Publicado el 25/09/2006 en www.destrasociale.org con el título «Oltre le tentazioni dell'egemonia, la sfida della politica culturale» http://www.destrasociale.org/articolo_testata_dettagli. asp? ArticoloId = 397

Salvatore Santangelo (L'Aquila, 1976), periodista, especializado en cuestiones de geopolítica e historia militar. Redactor de las revista *Area e Imperi*. Es autor de *Frammenti di un mondo globale*, y ha intervenido en obras colectivas como *Dizionario del mondo fantastico* y *Teocrazia tra modernità e tradizione*.

Apostilla española a un artículo italiano

Ya sé, ya sé. Siempre Italia, queridos lectores: pero leed sin prejuicios casposos lo que dice Salvatore Santangelo en la revista *Area*. Al menos aquella derecha ofrece soluciones a problemas similares a los nuestros, y aunque las respuestas que está dando a los problemas de la modernidad no han triunfado plenamente ni son plenamente trasplantables, sí es cierto que nada similar se está viendo hoy en Europa. Continuidad ininterrumpida con todas las derechas del pasado y con sus principios, sin renunciar a vivir sin complejos el mundo moderno, tal vez porque se hayan negado a ser momias con el rostro siempre vuelto al mismo horizonte. Liberales y confesionales, intervencionistas y librecambistas, aristócratas y populistas, tradicionales y libertinos, nacionales y regionales, una síntesis y no un revoltijo de todo y lo contrario de todo, y además dando al mensaje tanta importancia como a sus formas de preservación y de transmisión.

A mi juicio, lo que sintéticamente propone Santangelo es un desafío válido para cualquier europeo que quiera seguir siéndolo en el siglo XXI (siempre que su ideal de vida no sea el gimoteo victimista y nostálgico en una buhardilla de la Historia) : defender principios permanentes sin ningún complejo respecto a las formas más vivas y actuales, y ningún miedo ni a la política, ni a la sociedad, ni a la economía, ni a la cultura, ni a la comunicación. Y hacerlo en tres niveles que define perfectamente, aunque no es el primero en hacerlo: vivir valores en comunidad militante, socializar valores en movimientos populares, instaurar valores en las instituciones públicas y privadas.

Trabajar sobre la base de lo que existe. Asumir el respeto a la libertad y a la diferencia, dentro y fuera del propio bloque, no como una concesión desde la impotencia sino como un principio esencial de la lucha cultural que nos une. La resistencia contra los enemigos de las libertades, de la belleza, de la verdad objetiva, no puede revestirse de los ropajes totalitarios de esos mismos enemigos. Precisamente porque uno es consciente de su identidad es capaz de aceptar la diversidad del mundo, de las comunidades, de las personas individuales y colectivas. Santangelo no habla de una autopista sin obstáculos hacia un Paraíso inmanente: precisamente porque no creemos en él, sabemos que sólo a través de pequeñas y fatigosas tareas de oposición y proposición, y de una criba entre lo esencial y lo accesorio de lo que se nos legó, a la par que de una aceptación alegre de los bienes que el mundo sigue produciendo, se podrá construir lo que hoy echamos en falta. Una alternativa cultural a la corrección política. ●

Pascual Tamburri

De letras y de libros

Rudyard Kipling
Stalky & Cía

Pascual Tamburri

Un sistema educativo violento, en el que los mayores abusan de los pequeños y los fuertes de los débiles. Se educa en la desigualdad, se copia en los exámenes y en los trabajos. Los alumnos huyen sistemáticamente del centro de enseñanza para entregarse a actividades inconfesables, beben alcohol y fuman, al tiempo que desprecian y hasta humillan a algunos de sus profesores y respetan sólo a los que personalmente se hacen respetar, sin ninguna consideración a las normas. Familias lejanas y ausentes, para nada implicadas en la vida académica. Ocasionales desórdenes, escándalos, peleas y suciedad, mientras que los planes de estudio se incumplen. ¿Un sistema fracasado?

Si consideramos esos elementos por separado podría ser incluso nuestra propia enseñanza, en la España del siglo XXI. Sin embargo, sólo son aspectos parciales de una realidad muy distinta. En *Stalky & Co*, Kipling reunió una serie de relatos breves publicados antes en la prensa y ambientados en una prestigiosa Public School británica del último tercio del siglo XIX. Concretamente su propia escuela, el United Service College, en Devon, donde el futuro Premio Nobel pasó su adolescencia. Stalky, que ya ha podido ser leído por al menos cuatro generaciones de europeos, tiene hoy mismo una actualidad radical, mucho mayor que el modelo concreto de enseñanza que refleja. Por una parte, permite ver cómo los problemas, soluciones y metas de la enseñanza son básicamente los mismos en casi cualquier momento y lugar, para que nadie piense que los chavales son diferentes que hace un siglo. Por otra parte, es una pieza literaria divertida, hilarante, que puede ser leída con provecho y regocijo por cualquier persona que quiera pasar un buen rato consigo mismo y sus propios recuerdos.

Rudyard Kipling.

«Educar en la autonomía», «Fomentar la responsabilidad»… *y demás conceptos abstrusos de nuestra ideologizada LOGSE/LOE: ¿puede ello llevarse a cabo, por más bonito que suene, si lo que implica es que los muchachos estén hasta los dieciocho años y más con un profesor-niñera que vele por su seguridad? Tal vez el problema no esté en los jóvenes, sino en lo que les pedimos y damos, empezando por el absurdo de pedir a todos lo mismo cuando, afortunadamente, son desiguales en todo y por todo.

Un adolescente sano y no excesivamente afeminado tiende a la barbarie. La cuestión es cómo guiar a cada uno hacia su propia madurez, encauzando más que reprimiendo la barbarie, exigiendo cosas diferentes a cada uno, estableciendo reglas severas pero justas, conviviendo en suma. Stalky retrata un sistema de enseñanza exitoso, adecuado a la Gran Bretaña imperial. Pero en nuestras aulas sigue habiendo muchos Arthur Cockran, muchos M'Turk, muchos Beetle. Tal vez fallemos los docentes, que ya no nos queremos sentir in *loco parentis*, aunque lo estemos más que nunca por dejación e impotencia, y tratemos de imponer nuestros prejuicios igualitaristas y utilitarios, arriesgándonos a recibir como respuesta un bostezo de hombres que siguen despreciando a quienes «sólo trabajan para obtener buenas notas». Todo esto es muy difícil de hacer si las metas de todos están fuera de las aulas y después del horario escolar. Stalky debe ser leído para reír, y con espíritu transgresor. No todos lo entenderán ni lo degustarán, pero tiene una lección importante para quienes hoy llenan o dirigen las aulas. ●

Rudyard Kipling. Ediciones Gaviota, Madrid, 2005, 324 páginas. Traducción de Javier Ruiz Calderón. ISBN 84-392-1634-3.